

Título:

La vida del caracol

Autor:

Eduardo Santos

Contenido

Lunes	3
10:32 AM	3
Cincuenta semanas antes	7
3:22 PM	9
3:28 PM	12
6:03 PM	17
Cincuenta y dos semanas antes	20
9:14 PM	23
Martes	28
9:03 AM	28
10:12 AM	32
Cincuenta y tres semanas antes	38
4:18 PM	39
1:21 AM	42
Miércoles	48
9:22 AM	48
Ochenta y dos semanas antes	49
9:11 PM	53
9:55 PM	56
Jueves	59
10:34 AM	59
12:27 PM	64
Ciento diez semanas antes	69
Viernes	75
8:46 AM	75

Lunes

10:32 AM

Arroz. Durante el año pasado es lo único que comí. También lo único que recuerdo. Arroz al desayuno, merienda, almuerzo, cena, parado, sentado, en la ducha, acostado, de un bol, plato, tupper, rasqueteando directo de la olla, del piso de la ducha, frío, caliente, recién licuado, con tenedor, cuchara, mano, pajita, recocado, crudo, pegoteado, aguachento. Aparte de esto, el resto de mis intentos para invocar eventos de ese año solo provocan una nebulosa oscura imposible de traspasar. Por eso, cuando estuve frente a la incubadora General Electric Giraffe y pasé los dedos grasosos por el acrílico deforme para sentir la dureza del calor, no pude acordarme que yo la había arreglado unas semanas antes. Dentro del gris del cubículo, donde la enfermera, que llegué a conocer bien, colocó el bebé neonato chistando para concentrarse mejor, alguien puso un informe que no me animé a leer, pero sabía que me culpaba por la muerte del niño. Lo supe porque unos minutos antes me lo dijo José Maderna, el jefe en el taller del hospital donde trabajé durante unos años. Me llamó ni bien llegué. No mostró interés en moverse cuando entré en su despacho y vi como el mouse le controlaba el brazo, la computadora lo tenía hipnotizado con el fin de recibir los masajes dactilares que le propinaba en las teclas. Ya somos presos de las máquinas, se mantienen ocultas en simples equipos para que no sepamos lo que nos hacen. Maderna, la vista exacta en la pantalla doble, la serie de relojes en la pared mostraba la hora en diferentes partes

del mundo, el fin de año se notaba en el arbolito de la esquina, y él que sigue con el cuello duro.

—Tenemos un problema.

Sus palabras me llegaron filtradas por el contenido de la pantalla entre nosotros, contaminadas por palabras falsas. No pude ver sus labios moverse.

—Falló una incubadora, murió un bebé.

Como una sobretensión en las luces, sentí el brillo cegarme por un momento. Cerré los ojos con fuerza para escuchar lo próximo que me dijo:

—El historial indica que vos lo tuviste para reparar hace un par de semanas.

Mi memoria se cortó de mañana en mi dormitorio casi un año atrás. No recordé ninguna incubadora, pero las palabras, la insinuación, la posibilidad de la segunda muerte trajo los deseos de desaparición. Si puedo contar esta historia es porque lamentablemente, a partir de ese momento, mi cerebro comenzó a guardar los eventos.

Sus ojos se levantaron por sobre el monitor y me miraron. Duros, como con miedo a pestañar y dejar de ver un instante. Su voz fue un susurro paranoico.

—Nos va a matar... nos va a matar a todos. Vos sabés que es cierto. Hay que arreglar esta cagada.

El malestar gástrico comenzó a sentirse al formarse insinuoso en el fondo de mi mente la figura muñequeramente infantil y maldita del director del hospital Antonio Pérez-Recarte. El movimiento peristáltico inverso subió desde el estómago y se calmó en la cárcel, en la tranquila oscuridad húmeda donde me esperaba la transmigración y la ausencia de realidad. Quizás lo hice de forma intencional.

—Por suerte la pude rescatar, hay que revisarla y escribir un informe, el viernes tiene que estar encima del escritorio del Tiburón. Es la única que nos queda.

En mi camino al taller, dónde Maderna dejó la incubadora para que la revise, no pude más que desviarme ante el dolor en el cuello, los granos de arroz enteros que vomité junto con la bilis parecieron aliviar el momento de éxtasis dormido en la base del cerebelo.

¿Dónde estarían todos? Junto a mí trabajaban otras cuatro personas en el taller, pero en ese momento no había nadie. Parada ahí, en el medio del vacío, la incubadora me atrajo gravitacionalmente hacia el epicentro, la muerte con su garrapata a cuestas, moviendo el hilo de colores, tirando como un aparejo la carnada olorosa. Orbité el agujero negro, no vi luz, solo remordimiento. Es eso lo que no se ha podido encontrar, lo que emana de esas galaxias muertas es la gran barrera de la paradoja de Fermi. Pero un día una pequeña señal saldrá, una en miles de millones, y entenderemos que el destino del hombre está sellado en la codicia por mostrarse, en el deseo de sobresalir por el amor de una mujer, el avance evolutivo como el despliegue de plumas de un pavo real. El aroma de la catástrofe del fin de la invención, energía oscura. Pero solo navegando las ruinas condensadas del agujero negro, enterrándonos las botas en la mierda planetaria de las que emana el remordimiento, surge lo bello, como las orquídeas blancas que crecen en los pantanos más hostiles, debemos encontrar lo que se esconde entre los marrones y la superposición de sonidos saturados.

La deformidad y los colores derretidos no dieron lugar a dudas. Me trepé sobre el equipo, agazapado acurruqué las piernas delgadas y largas, anémicas por nunca estar al descubierto, me posé como un bebé tratando sentir lo que sintió él, el calor, la intoxicación, el humo, explorar la posibilidad del ahogamiento, de la sustitución de aire por ceniza, ver la piel enrojecer y abrirse brillante como brasa dejando a la vista los huesos crujientes. Olí como sabueso los colchones derretidos, el teclado, los tubos corrugados, esperando encontrar la broma, lo imposible de la consecuencia.

Tomé el informe, vi fotos del bebé con la piel derretida pegada al plástico también derretido del colchón, los dedos de las manos unidos, fusionados. La cara sin facciones, arrugada, la punta de la nariz comida. Las primeas pericias dijeron que por cuarenta minutos estuvo prendido al máximo la resistencia que calienta el flujo de aire que entra a la incubadora. El arroz lo pongo ocho minutos en agua hirviendo, si lo dejara más de veinte se pegotearía todo, quedando una masa deforme apelmazada. En nuestro historial alguien escribió, y no pude reconocer la letra, que el equipo estuvo por un problema de batería, nada más, algo tan simple que no requirió

mayores detalles, agua, fuego, arroz y pronto, rutina conformista para sobrellevar el pantano en busca de la orquídea. Hice lo único que pensé en hacer: coloqué dentro del equipo un tupper con agua y el arroz crudo que siempre llevo conmigo, prendí el equipo y lo puse en modo calefacción esperando que calentara y observar el comportamiento. Luego, cuando los probé y vi que estaban bien cocidos agradecí que no hubieran absorbido el gusto del bebé que el calor comenzó a desprender.

El experimento había salido terriblemente mal; luego de colocar el arroz llevé la silla de mi escritorio cerca del equipo y me senté a esperar con seguridad que el equipo cortaría el calefactor a los cuarenta grados. Independiente de cualquier configuración, estos equipos cuentan con un seteo de fábrica que no deja aumentar la temperatura más de ese punto. Por eso cuando llegó a los treinta y siete grados no me preocupé que no corto por el sistema de alarmas seteable, fue un error de configuración básico por parte del personal. Por si acaso puse un termómetro en el agua para asegurarme de que la temperatura marcada fuera igual a la del ambiente. Pero la temperatura siguió aumentando, y yo no tenía queso rallado para el arroz que vi emblanquecerse e hincharse a cada grado que aumentó dentro del cubo. Debí apagar todo para que dejara de calentar. En el informe del incidente alguien nombró a la enfermera de turno esa tarde en la sala de neonatos, pero no tenía su testimonio. Si hubiera estado vigilante debió ver que la incubadora no cortó la calefacción. Sentí la erección con la fantasía de salvarla, tomar toda la responsabilidad yo y dejarla libre. Podría ser de ayuda para alguien, iniciar el encarcelamiento para ser rescatado. Me visitaría una vez cada dos semanas o una vez por mes, yo me dedicaría a leer, a practicar golf, tranquilo, comiendo arroz con queso. La cárcel se mostraba como la melodía armoniosa dentro del estruendo metálico. Abrí el equipo y vi la batería apretando el cable que lleva la medida de temperatura hacia el control central, el encargado de cortar cuando la temperatura supera los cuarenta grados. Negligencia o sabotaje. Mi instinto de supervivencia que supera cualquier fantasía me llevó a conectar bien el cable en ese momento, pasando un trapo luego para borrar cualquier huella digital. No tenía dudas de que debía visitar a la enfermera.

Cincuenta semanas antes

Cuando abrí los ojos el cuarto ya estaba saturado de luz, olvidé cerrar las persianas y vi el amarillo sacudir el polvo de las partículas que flotando en el aire caliente provocaron la picazón nasal. La lengua me raspó el paladar como una lija. Debí hacer fuerza para separar los labios, el calor de la boca escapó y subió hacia la nariz, el olor a huevos y fiambre podrido me aburrió, sentí la inutilidad de la variación, la incomodidad, el gallináceo deseo del ocultamiento en lo cómodo. Me di vuelta sobre mi derecha para ver la hora y las sábanas percutidas de sudor terminaron de caerse al piso. Desde varios días atrás venía despertándome pocos minutos antes de que sonara la alarma. Tomé un poco de agua e hice un buche antes de tragarla. Me volqué nuevamente sobre la espalda a esperar.

La telaraña, la vi más grande. Los octágonos concéntricos perfectos se extendían desde el techo hacia el marco de la puerta. Las primeras luces de la mañana la tiñeron de amarillo casi dorado. La araña se posó hacia un borde, parada sobre uno de los hilos radiales. Estos hilos sirven para alertarle cuando una presa se posa en la tela y queda atrapada, pero además son de los pocos que no tiene pegamento. La araña debe ser muy cuidadosa para desplazarse por los hilos no pegajosos, de otra forma moriría en su propia trampa. Le llevó un par de días construirla. La vi balancearse en péndulo, subir y bajar, trabajar día y noche estudiando la estructura, los puntos de contacto, la geometría, obsesiva con su obra no dejó detalle suelto. En ese momento lució nueva, quieta, lustrosa, brillante. La cuidó bien, le tenía cariño, era el negocio recién abierto esperando encantar a los clientes. Quise ser la araña, y tener la habilidad para crear algo tan perfecto

No sé de qué tipo era, tenía patas cortas y abdomen grande. Adelantada colonizadora de tierras infecundables, al noveno piso en el que vivía no llegaban otros insectos que pudiera atrapar. El hambre y la impaciencia se acrecentarían en ella y se iría, dejándome solo, dejando avejentar la telaraña como esas que han perdido el pegamento, y cuelgan grises de los techos de bares atados al pasado.

De pronto comenzó a moverse, inquieta por algo se alejó de la tela y caminó por la pared como la sombra alargada de un alacrán atravesando el desierto. Segura de su destino avanzó firme, lo que permitió que me adelantara a su futuro y moviera la cabeza hacia la ventana, donde la esperaba lo que ella creía que era su presa, asomando sus cuernos sobre el marco de aluminio avisoré el lento movimiento de un caracol, con la carga de su espiral hipnótico, dejando su marca pegajosa en la pared. ¿Cómo habría llegado tan alto? lanzado por un pájaro que lo capturó allá abajo, en el jardín, pero que no pudo devorar su amarga carne. Se arrastró cansino por el marco, sintiendo el peso de cada milímetro que logró avanzar, alejado de todo lo que conoció, fuera de su rango. La mente ausente, viejo, sin poder volver a donde ya no pertenecía, afrontar la nueva realidad perdido en donde no hay plantas que comer. Suelto a la inanición sin poder saberlo, sin esperar nada.

La araña llegó, lo reconoció y lo atacó, delirando en su soledad quiso atraparlo, sedarlo con su veneno y arrastrarlo hacia la tela, pero no era suficiente, se subió a su caparazón y trató de comandarlo como Ciro El Grande montando un elefante, conquistadora del cuarto imaginó aplastar los rivales.

Quise sentir lo que siente el caracol, tomar su vida para no tener pasado, enfrentar la ausencia del verde sin suposiciones, avanzar lento por la pared, recibiendo indigno los golpes de la araña.

Se acercaron juntos al borde del alféizar, el caracol pareció asomar sus cuernos hacia abajo. ¿Podrá saltar? Desprenderse de su tracción y dejarse deslizar al espacio, volar y convertir el caparazón en un paracaídas para caer suavemente entre las plantas, la araña acompañándolo, atado con la tela, llegar y perseguir los mosquitos más rastrosos. Caminar entre la tierra de los canteros, en los huecos húmedos y nutritivos.

Una fuerte angustia pasó como una aplanadora comprimiéndome el pecho y se alojó en mi garganta, estrujándola como una pitón. Los párpados se me inflamaron, la vista se me nubló. Comencé a llorar.

Me dijeron que a las dos semanas vendría lo peor. Pasaron exactamente catorce días desde que murió cuando empecé a llorar. Las lágrimas llegaron a la boca con gusto salado como el mar. Allí se mezcló con la

saliva y la mucosidad. La mezcla se deslizó por la barba hasta la almohada, donde era absorbida por la tela de la funda y el polifón. Me encontré lúcido, tendido sobre un costado, con las rodillas contra el pecho y los brazos estirados hacia abajo. Lloré con ruido, pequeños gemidos al expirar con ritmo rápido. Tomé la almohada y me la puse sobre la cabeza, los gemidos salieron más graves, como el sonido de los tonos bajos saturados que vibran cuando se escucha música en un sistema de audio malo. No podía recordarla como quería, en quince días ya los rasgos se me iban perdiendo, y las escenas que podría traer a la mente estaban cargadas de vergüenza, me hacían erizar hasta los pies. Solo saboreé las lágrimas que me trajeron sensaciones de cuando iba a la playa de niño. Recién salido del mar, arrodillado, la cara contra la arena con el brazo estirado dentro de un pozo, tratando de arañar los últimos granos para llegar más profundo. Siempre comenzaba después de salir del mar, con el agua chorreando desde los pelos. El primer pozo era cerca de la orilla, cuando llegaba al agua ganaba, lo tapaba y comenzaba otro un poco más alejado, hasta que llegaba a un pozo que por más que me estirara no iba a llegar al agua, ahí perdía, siempre perdía. La alarma comenzó a sonar, aguda, cientos de agujas que atravesaron la almohada y se clavaron en mi cabeza. Se apagó y a los pocos minutos comenzó nuevamente. Lloré hasta que ya no tuve más lágrimas, hasta que me animé a estirar el brazo y llegar al botón de silenciar.

3:22 PM

La simetría rota, el efecto amplificado de la ausencia se expandió a toda la sala. Solo ocho incubadoras ordenadas, de las nueve que forman un cuadrado perfecto de tres filas de tres. La ausencia era notable, la del medio en el lado opuesto a la ventana alargada por donde miré en silencio. Ahí debí estar yo, parado, derritiéndome. El tiempo curvado por la gravedad, atraído por el peso enorme de los padres que en la sala de espera sentados en los largos bancos de madera parecen cubiertos de un aura que resuena entre ellos. Los nervios hacen que el tiempo no pase, que cada segundo se respire mil veces. Las miradas de tristeza masticada como un calamar

mal cocido eran de vez en cuando ablandada por las palabras de aliento de algún visitante.

Toqué el timbre para ingresar a la sala. Un pelado alto, más alto que yo, delgado, más delgado que yo, me recibió sin mucho interés, las manos gigantes le temblaron como nunca vi en mi vida, pero no de nervios, sino que era su estado general, supongo que por algún problema hormonal o producto del alcoholismo. Pensé en cómo haría para inyectar a los bebés con esa condición. Apenas pudo sacarse los guantes para recibirme. La desconfianza le era proporcional al tamaño y blancura de sus ojos. Mientras hablábamos sus hombros subieron y bajaron cubiertos por la corta túnica en espasmo aleatorios a un promedio de tres por minuto. Me contó que la enfermera estaba en estado de shock, internada allí mismo. Su voz era débil, y la mueca con la comisura del labio se sincronizó con el guiño de ojo descontrolado. Debió ser una lesión en la columna, el resultado de un accidente de joven. Le comenté que necesitaba hablar con ella para aclarar algunos temas sobre el accidente. Que no era reportero ni policía. Me pregunté si siendo tan alto lo llenarían de hartura como a mí con el tema del básquetbol. Quizás él también pensó eso de mí, porque por un momento pareció que compartimos la órbita. Sus manos temblorosas señalaron un área dónde reconocí unas túnicas de papel colgadas junto con unos gorros. Iba a poder entrar.

Mientras estiré la túnica para que me quedara por lo menos por debajo de la cintura vi como él se apuró a ir hacia la computadora. El zigzagado borracho del mouse demoró el cierre de una ventana que mostró la foto de una niña, de piel oscura. Evité el castigo visual simulando forcejear con los pequeños cubrezapatos de papel. No era necesario sacarse el calzado, me recomendó. No importa, le contesté, no me molesté en explicarle de las chancletas.

La sala era más oscura y azulada que lo que me pareció cuando la vi por fuera. La vista era dominada por los pequeños anillos concéntricos que nublan la vista hasta el acostumbramiento. No pude distinguir si los niños eran tan silenciosos o los sonidos eran cubiertos por el acrílico de las incubadoras. El olor no me era extraño, era olor indescifrable a hospital, no había otra forma de definirlo, no sé si se refiere a algún producto

desinfectante o algo así, amargo, se pega al fondo del paladar y sube hacia la nariz, parece ir limpiando todo.

—¿Por qué seguía ella acá? —Le pregunté.

Me respondió que no querían generar más alarma llevándola a otro lado y dejando ver que estaba en shock. Que tenían miedo de los medios, de las represalias, del juicio popular. No me atreví a preguntarle si creía que ella era culpable.

Creo que todas las incubadoras estaban ocupadas por figuras hechas de un papel ahumado y casi transparente. Un papel capaz de rasgarse con la menor caricia. Imaginé lo fácil que sería derretirse, lo débil de la carcasa. Me pareció que todos nacieron a punto de quemarse. Me asusté. Estiré la mano y toqué el acrílico. Me costó adaptarme a lo que vi dentro, sin labios, las orejas no formadas, la forma de huevo como si no hubiera nacido todavía, los dedos de las manos parecieron no estar separados. Me imaginé sus órganos igualmente subdesarrollados, el corazón con válvulas cerradas, los pulmones en cada respiración a punto de romper la elasticidad y explotar. Me pregunté qué palabras hablaban a los padres, si les ofertaban esperanza, si era real. Lo pensé tiempo después, de niño, de adolescente, deforme, sin pelo ni orejas, incapaz de abrir los dedos, como una rana. ¿Para qué hacerlo sufrir? Sentí tristeza, no asco, tristeza y lástima por lo que será vivir para él, rabia por la injusticia, agradecí no ser deforme, aunque en el fondo lo desearé y lamenté mi suerte común, siendo deforme no hubiera sido capaz de matar a nadie.

Creí adivinar en el quackerismo del enfermero cierta fuerza interna que le retenía. En la sala habló más débilmente todavía. ¿Consideraría que su profesión era la de juez? Esa energía volcánica almacenó el asesinato etéreo de cientos de bebés que en su divina percepción quiso evitar el sufrimiento sinuoso.

El silencio pitfídico de la sala, sinfonía de un solo tono agudo pero apagado fue roto por el llanto más puntiagudo todavía que se desgajó desde una cuna. Solo cuando él se acercó su cuerpo pareció relajarse, sus hombros permanecieron quietos y firmes mientras ajustó con delicadeza pero seguridad la posición del bebé que parecía estar incómodo. Miró la planilla junto a la incubadora, fue caminando derecho y más alto que nunca,

tomó con su mano izquierda una jeringa, absorbió un medicamento y cuando puso la jeringa con la punta en alto, presionando sutilmente para que saliera el aire, juró que la punta de la aguja no osciló ni una décima de grado. Su cara rígida, la boca recta y la mirada petrificada.

—Por allí está ella —me dijo, pero no me señaló nada, siguió firme mirando la jeringa. Supuse que se refirió a la única otra puerta que había en el cuarto y hacia allí fui.

3:28 PM

De forma inconsciente prioricé el silencio a la privacidad. Abrí la puerta sin golpear, esperando encontrar el cuerpo en estado catatónico acostado en una cama, con el hilo de saliva cayendo de la comisura de la boca. La luz que se filtró por la abertura iluminó de forma parcial el dormitorio que pareció tragar la luz sediento. Sobre la cama se erigía una silueta, como el negativo de una estampita budista se distinguió la postura anhelante de nada. Intuí la sala como un cuartito para que los trabajadores descansaran. Junto a la cama un mueble como de casilleros, en un costado una mesita con una silla, y nada más. No me atreví a hablar, me paré en la puerta proyectando mi sombra sobre la silueta, cubriéndola, como un eclipse lunar, extendiendo el misterio.

Cuando lo absurdo ganó a lo estático atiné a moverme para dejar que la luz llegara a ella, aunque esto fuera disruptivo. La túnica se le abría, dejando ver sus piernas blancas y el short de jean. El pelo negro bien oscuro desplazándose lacio por sobre los hombros. Meditando de forma externa, tratando de soltar los cables chisporroteantes. Las manos vendadas como boxeador. Le observé los labios, traté de identificar a contra luz bellos faciales. Estúpido pensamiento creer que ir a verla serviría de algo. Suponer que podría hacer una aventura de un evento terrible, volverme héroe de mi propia maldad. Fui a visitar una de mis víctimas. Me di la vuelta para irme, pero ella comenzó a hablar.

Abrió los ojos para contarme del olor nauseabundo de carne quemada mezcla con plástico, de cómo corrió hacia la cuna y no pudo ver nada hacia adentro por el humo gris oscuro que llenó el cubo, tan denso que pareció

un bloque de cemento. Su mirada comenzó a vidrializarse. No abrió los ojos para mirarme, miró hacia el punto más oscuro de la habitación, donde reside lo infinito; simplemente los abrió porque no pudo soportar las imágenes. Mantener los ojos cerrados es de mucha valentía cuando al hacerlo se repite la imagen salvaje una y otra vez. No hay meditación posible. Más bien dejadez. La vela apagada al pie de la cama era un signo de la resignación. Estoy casi seguro que era la primera vez que lo pudo contar. Sus labios se inflamaron y sus cachetes se ruborizaron. Yo seguí en la puerta, sentado en el piso, tratando de imitar su postura, tratando de conectarme con ella, de sentir sus vibraciones. Mi cara quedó a la altura de su entrepierna. Me pareció joven, pero no pude revelar en su rostro algún rasgo único más que la sensación de haberla conocido cada almuerzo en el comedor del hospital. Me contó que empujó y tiró la campana de acrílico como pudo, se quemó las manos haciéndolo. Dijo que no pudo pensar en nada y yo me imaginé lo mismo, que nadie puede pensar en un momento así. El humo se dispersó por toda la sala despurificando las pobres medias almas en las otras incubadoras, cuando se despejó la nube pudo ver la imagen, bebé y colchón fundidos y mezclados en uno solo. Su voz era débil pero siguió contando: los ojos se le salieron y pendulantes colgaron, por todos los agujeros la cara expidió humo, incluso desde las orejas, a causa del cerebro hirviendo. El cráneo como un palpable morisco rosáceo a través del cuero cabelludo traslúcido. Ella casi se ahoga, vomitó, tomó el cable de la alimentación del equipo y tiró de él para desenchufarlo. El cable se rompió produciendo un cortocircuito tal que hizo abrir la llave térmica de toda la sala, dejándola sin luz. Las cunas siguieron funcionando por las baterías, incluso la que generó la hoguera. La batería. La sala era una constelación de letras y leds de diferentes colores, golpeando con las manos enllagadas presionó el botón para apagar la calefacción. Cayó rendida al costado, quemándose la parte interna del brazo. Dijo esto y por un momento fijó sus ojos negros en mí. Buscamos conectarnos, yo con mis largos brazos rodeando las rodillas flexibles, ella en la cama mantuvo la pose con las manos en la rodilla, nuestros errores se sumaron pero fue como que se multiplicaron, ella quizás lo sintió y por eso me contó todo.

La túnica como fajada en el vientre se abría en el pecho revelando una remera azul. En mi condición de Séneca evalué que mi peor pesadilla no supuso la asfixia que preví. Ella también se mostró tranquila. Mi vista se fijó hacia adentro, no en ella sino traspasándola, abrió los ojos y me vio pero no cambió la postura. Detrás de ella, en la pared, un hombre mayor y de lentes sonreía envuelto en una frazada roja. Imagen icónica que muestra la hipocresía de la libre espiritualidad.

—El mundo no puede ser tan injusto, debe haber otra cosa.

—Otra cosa cómo qué —le pregunté.

—El budismo dice que cada uno va pasando pruebas en cada vida, mejorando, que el sufrimiento es parte de la evolución. ¿Sino como se explica tanta injusticia?

Pero el bebé no llegó ni a nacer y ya está yendo a la próxima vida, no tuvo tiempo de aprender nada. Para él la vida son los meses de alojamiento en el sosiego materno seguida de un calor muy intenso. Deseé que fuera culpa de ella, pero el encierro era relajante. Mi anticarisma era indescriptible como el del eterno resplandeciente. Fui a sentarme junto a ella en la cama, y ese pequeño acercamiento, el roce de su túnica hizo que se me pusiera la piel de gallina y sentí cuando mi tía me tocaba los pelos de la nuca de niño. Me habló y habló como si necesitara que yo la siguiera con cada latido de mi corazón, hinchose el pecho y lo abrió para que denotara lo que se mueve en un alma pavloviana, no la escuché con mucha atención porque la estaba imaginando, porque mis nubes cubrieron todo y la iluminaron en su mendigación de entendimiento, pero no era necesario, la entendí. ¿Y si todos estamos unidos? Fuimos la misma energía que inexistió sin principio dentro de la cáscara de nuez que lo abarcó todo, antes del Big Bang. Si lo que somos y todo lo que no conocemos compartió un espacio tan pequeño, ahora no podemos ser tan diferentes. Quise agachar la cabeza, inclinarme y ver debajo de la cama, hacer que la sangre fluya al cerebro para agudizar mis sensaciones, que el piso se vuelva el techo, ver debajo de la cama la acumulación de polvo y la basura escondida, quise quedar con el pelo colgando, la nuca al descubierto y que ella la acariciara, blanda, joven, provocando que se me acumule la saliva en el paladar y chapotear en ella con la lengua.

Me dijo que lamentó haberse perdido la clase de alfarería terapéutica de la noche anterior, que le hizo un arenero de barro a su gato, no un plato de comida porque no le daba de comer. Dalai llegó a su apartamento del cuarto piso, donde vivía sola, trepando asustado por un árbol.

Amarillo y blanco era el gato, y me dijo que muchas veces llegó a la casa y se encontró un plumerío imposible de limpiar y todo manchado de sangre y pedazos de palomas por todos lados. Que a veces el desagüe del lavarropas se le atascó con la sangre seca y huesos que quedaban después de lavar las sábanas y el forro de los almohadones. Me contó que hace tiempo deseaba que la trasladaran a la parte de maternidad. Que estaba cansada de lidiar con bebés con problemas, que quería por una vez estar con bebés sanos y familias contentas y no en este ambiente de muertes nacidas. Que el gato a veces abría la heladera y le robaba comida, entonces le puso un candado a la heladera, pero siguió desapareciéndole la comida. Me contó que el apoya velas también lo hizo ella, y que le pintó unas letras en sánscrito que siempre le parecieron interesantes. Que las manchas de sangre solo salen con bicarbonato de sodio. Que tiene mil usos y que no hay nada que no se pudiera solucionar con bicarbonato. Ella lo usaba para todo, por eso trató de espolvorearlo sobre el bebé quemado y sus propias heridas.

Entonces, de la nada se puso en la posición que estuvo cuando llegué y cerró los ojos. Tomé el porta vela y lo levanté, miré los detalles chuecos, las curvas desestilizadas propias de un principiante. Invención pura de las manos y de la mente.

Me pregunté por qué me acompañaría. Cuantas veces soñamos con esa chance, esa desgracia liberadora que nos salve del ahogo, del tedio, del miedo. Cuando pude hacerlo, cuando la lástima sustituyó el desprecio, debí marcharme con mi arroz a otro lado, a venerarla en las montañas, solo y meditativo ante su muerte, la única real, la de Lucía. Y no lo hice, no renuncié ni cambié mi vida ni dije mis verdades. No pude soltar los recuerdos borrosos de esos momentos que no me atrevo a contar por la vergüenza. No morí del todo, no renací. Continué fatídico por el camino del destino más aburrido. No salté arriba de la mesa con los pantalones bajos mostrándoles mi pito a todos, orinándoles los platos; solo seguí sentado,

ocultando las manos bajo el mantel verde, sobre las rodillas frías. No puede morir quien nunca vivió, quien no calienta sus articulaciones.

No tuve nada para decir. Le quería contar de Lucía, para darle lástima, no pude, pregunté lo que pude anticipar la respuesta,

—¿Sentís culpa?

—Y... sí.

—Ah. Y sí.

Ella se dio vuelta y volvió a mirarme.

—¿Cuánto tiempo se necesita para que un bebé se queme así? —Le pregunté.

—No lo sé, veinte minutos, media hora capaz.

— ¿Ese fue el tiempo que pasó?

—Sí.

— ¿Y cómo no te diste cuenta?

Al momento de preguntar esto agradecí por el bebé que ella no se hubiera dado cuenta, su negligencia que permitió que muriera ahí mismo, no más consecuencias, no un niño quemado y malfuncional. Muerto e incinerado al mismo tiempo, polvo cósmico que terminó en los pulmones de ella. Entonces me explicó de los payasos y de su comparsa encantadora.

Quise quedarme un rato más. Estar ahí callado, sin nada que decir, solo hasta que se me vaya la erección y todo se vuelva vergüenza del silencio. Empecé a pensar en lo que tendría que hacer, en qué era más importante, en dónde debía estar. Salirme del momento. Supe que cuando me fuera, en cualquier instante iba a recrear los silencios una y otra vez, en mi casa, mientras lavo la ropa sin sangre, cuando me masturbe pensando en ella, cuando se me atragante su recuerdo al ver sobre la mesa el libro con el marcador rojo, sobresaliendo en donde lo dejó. En esos momentos recrearía ese silencio una y otra vez mortificándome por mi amomiamiento, pensando si sería posible suicidarse con bicarbonato de sodio.

6:03 PM

Volví lento a nuestro taller, cuando entré vi su panza contra el escritorio, la silueta, la erudición hecha papada, revolviendo un armario etéreo. Nunca entró a nuestro taller, no creí que fuera capaz de bajar tantos pisos. Antonio Pérez-Recarte, el Tiburón Rabioso.

Con mucho cuidado, como quien quiere evitar que un pájaro se vuele, caminé hacia la incubadora y tomé el informe, me senté en mi escritorio con la intención de leerlo, resaltar las partes interesantes, de atacar el problema mediante el orden, de bajarle la intensidad en base al realismo, pero no pude atravesar las letras que carecieron de sonido en ese momento. Lo único que me llegó fueron los rasquitos que el Tiburón provocaba en todos los armarios, incluso los que creí bajo llave. Cuando cesaron los ruidos me incliné sobre el informe con la cara a dos centímetros del papel y cerré los ojos, pero enseguida supe que en mi transpiración atascada en los pelos debajo de los brazos segregaron el bálsamo oscuro del anhelo de desaparecimiento.

— ¿Vos sos el que estás con la incubadora?

Me di vuelta y lo vi parado, a pesar de lo bajo su corbata azul terminaba debajo de la hebilla del cinturón, justo donde lo indica el protocolo, se paró lejos, sobre la ventana, afuera llovía de manera torrencial. En sus manos pequeñas sostenía un tachito con diluyente y un destornillador tipo paleta. Moví la cabeza.

— ¿Fuiste a ver a la madre? Debes ir, explicarle lo que pasó.

Su cara se ensombreció, se adelantó hacia mí tan rápido que no me di cuenta, quedó tan cerca que pude oler el olor a tela limpia de la camisa, sus labios sueltos quedaron encima de mí, los ojos celestes se le nublaron.

— Yo la conozco bien, ¿sabés?

Me apoyó la punta del destornillador en el corazón, usó una voz cálida, timbre casi agudo. La había rescatado, fue en su Mercedes por galerías atizadas con sombras de perros y acumulación de chatarra para llegar a la casa de latas de conservas. La llevó como ayudante en su casa, para que viviera como parte de su familia, tuviera las oportunidades que no hubiera tenido, rescatarla de los contenedores, de lamer el interior de los

envoltorios de alfajores encontrados en las esquinas, porque el creyó que lo merecía.

— Su voz... cuando canta mientras cuelga la ropa, parece que es ahí que se limpia, todo queda más blanco y brillante.

Esto me lo susurró, mantuve mi vista fija en el nudo de la corbata, por eso cuando sentí las gotas caer en mi frente no pude distinguir si se trataron de lágrimas, mocos o saliva. Siguió hablando quebrado, trastabillante, ¿Por qué no abortó? Desde que supo del embarazo le proveyó de los mejores cuidados del hospital, y ni así pudo prevenir el derrumbe, la implosión, en la cama de cuidados medios la madre llorando reclamó volver a sus inicios, abandonar la comodidad que no aseguró nada, sentarse nuevamente en los basurales, sucia, como nunca dejó de estarlo. Pérez-Recarte no lo soportaría, era su lola. Levantó el brazo con el destornillador y me mostró los dientes amarillos. Inspiré aire con la boca. Bajó el brazo a toda velocidad con rabia de un hombre envenenado. Sentí el aire rozar toda mi cara y mi brazo. El destornillador se clavó hasta la mitad en el escritorio, sobre el informe, a pocos centímetros de mi mano, en el estruendo se movieron todos los muebles.

Me habló con voz ronca, los labios sueltos, la corbata saltando con cada inspiración venosa, cuando caía siempre lo hacía debajo de la hebilla. Todo muy cerca de mí.

— ¡Quiero el informe para el viernes! ¡Cuando sepa quién fue el culpable...!

Giró la cabeza para ver detrás de mí la incubadora, se incorporó y salió de la sala con el tacho de diluyente en la mano. Golpeó la puerta y nuevamente todo vibró, pero esta vez no paró. El temblor se mezcló con los truenos de la tormenta.

Me acerqué a la ventana, el piso se movió fuertemente, los vidrios oscilaron a punto de estallar, los repuestos, los chips, las resistencias, todo comenzó a caerse de los estantes. Afuera, en la calle, desde lo alto, vi las personas correr de un lado al otro, la lluvia con fuerza apagando los incendios culturales, las gotas se veían pasar por enfrente de los focos. Las ramas crujieron quejándose del viento. Permanecí ahí. El vidrio comenzó a empañarse, y la oscuridad creció. Pasé la mano sobre la ventana y

descubrí mi reflejo borroso. No hay derecho de mirar en el espejo mojado y ver solo la neblina que nos ciega. Mi nombre, lo vi marcado en la huella de pasadas tormentas: Samu. El mío y el de ella: Lucía, pero no rodeado de un corazón y con una flecha clavada, sino con letra imprenta, recta, un nombre, espacio, otro nombre, nada más. Tomé una de mis chancletas y la reventé contra la incubadora, rebotó y golpeó el tubo de iluminación del cuarto, hubo una guiñada y uno de los tubos no volvió a encender. Abrí la ventana, saqué la cabeza para apreciar la altura. Sentir el espacio entre el piso y yo. Tiré la otra chancleta, simplemente la dejé caer. Debí regalarlas. Si hubiera tenido el palo de golf habría destrozado la incubadora, golpeado el acrílico hasta que estallara, abollado las patas metálicas hasta verla arrodillarse sin fuerzas. Me puse en cuclillas y no pude evitar pensar en la madre del bebé, entonces me vino la idea de que somos el castigo para nuestros padres, el traspaso energético de sus fallas y pecados y que este niño estuvo destinado a morir siempre, que solo fui una herramienta del destino y que mi alma estaba a salvo, que la muerte fue el desgarramiento membranaral que necesitó la madre por su codicia, por querer cambiar lo que era. Yo también merodeé basurales entre neumáticos y colchones tirados que olía buscando el agradable aroma a pichí, ahí encontré la madera tres con el que aprendí el golf golpeando botellas de plástico entre clavos oxidados y jeringas hacia remeras ensangrentadas ondulantes a la distancia. También yo quise escapar encerrándome en la costra que recubría mi cuerpo, y así, ocultando la mugre con fingida limpieza fui a la academia donde el color brillante de los azulejos del vestuario y sacos con todos los botones no me dejaron oír las risas ocultas detrás de los bunkers hasta mucho después.

Me resigné a irme a casa, sentí mi deber de caminar bajo la lluvia pensando, reflexionando sobre los hechos, analizando las causas, diagramando las próximas acciones. Pero no pude. Tuve miedo de cruzar la calle. Así fuera con semáforos o aunque no viniera nada en cuadras, me exaltaba al dar el paso bajo el cordón. Cualquier bocina, frenada, acelerada. El instinto de supervivencia vence al raciocinio suicida. El olor del agua era como el de los recuerdos, figurando la imagen de nostalgia en un pasado que nunca tuve.

Cincuenta y dos semanas antes

La cama blanca, sin una arruga en la sábana y el cubrecama pesado que marcaba el contorno del cuerpo formando una cordillera nevada lisa. Con los ojos cerrados todas las muertes son iguales. El médico presionó el botón de suspensión, y el respirador dejó de trabajar. Solo quedó el monitoreo de los signos vitales alentado por el pitido rítmico del corazón. Luego el médico inyectó algo por la vía, la túnica impecable, de espalda ancha y pelo prolijamente peinado. La enfermera joven y vigorosa se movió segura como dignificando su labor. No hay intento por respirar. Yo también aguantando bajo mi propia tortura. Estaba todo muy ordenado y limpio, es otro de los servicios de la clínica intentar que el momento sea como una postal que uno pueda mandarle a familiares y amigos, la paz en proceso. Los sillones eran verdes, armoniosos. La música, baja, llegando por los parlantes. La luz ingresaba muy fuerte, era media tarde, yo la hubiera programado para unas horas después, con los rayos de sol más oblicuos que le dieran alguna sombra más romántica a la habitación.

¿La habían maquillado? No la vi tan pálida el día anterior, pero en ese momento sus cachetes me parecieron de hielo. La muerte que programó la madre desde hace cuatro días se estaba llevando a cabo bien en tiempo. Ella no vino. Yo era el novio, pero estuve de chancletas, y no al costado de la cama sino en el rincón de la puerta, quedando escondido detrás al momento en que se abriera, viendo todo por la ventanita. El calzoncillo, me apretaba. Afuera, en el pasillo, nadie circulando, y yo por esconderme detrás de la puerta, dejando el espectáculo vacío. Era uno de los calzoncillos de siempre, tipo slip, pero me apretaba. El corazón siguió latiendo, era de esperar que en unos minutos parara. Algunos mínimos espasmos hicieron que se movieran los brazos. Lamenté que no tuviera un novio rubio y fornido, la salvación voló en otros espectros, no estuvo en mis células ese día. Tenía los huevos y el pito achicharrados. Era el mismo calzoncillo de todos los martes pero ahora era híper consciente de cada milímetro cuadrado de tela en contacto con la piel de la entrepierna, y el elástico que pareció cortar la circulación en la cadera. Estuve seguro que

no me llegaba sangre a las piernas, en donde ya sentía un pequeño hormigueo.

Su corazón siguió latiendo a ritmo parejo, dijeron que podrían pasar hasta siete minutos en ese estado. La luz, realmente era mucha luz, me pareció ver sangre goteando de la cama, la enfermera dio un paso atrás y tomó del hombro al médico, que seguía monitoreando, esperando para anunciar la muerte. Sentí el escroto pegarse a los testículos y el pene enredado en ellos. El médico quiso cambiar algo en el equipo, ver alguna otra variable, pero le erró, suspiró ofuscado. La enfermera dio otro paso atrás y tropezó con una silla que se corrió haciendo un ruido sordo. Seguí medio cegado y vi más sangre que manchó las sábanas. La puerta se abrió y entro alguien, pude ver por la ventanita que era una persona de limpieza. El doctor se dio vuelta pero el cuerpo del limpiador me impidió ver qué cara le puso. El limpiador se paró sorprendido. Se marchó, ¿habrá ido a buscar ayuda? Dejó la puerta abierta. La enfermera le susurró algo al oído al médico, este hizo una mueca y un chasquido de desaprobación. El ruido del pasillo, desordenado y burbulloso se coló a la sala. Aproveché para meter las dos manos dentro del pantalón. Mis dedos largos se movieron con habilidad tanteando y reacomodando. Saqué las manos empapadas, las llevé a la nariz y sentí el olor al césped húmedo del último hoyo. Se perdió el orden, la solemnidad del acto. Salí de detrás de la puerta y me acerqué a la cama. No me animé a tocarla. Busqué en los alrededores algún recuerdo, algo que la trajera a mi memoria, que me evitara el estrujamiento y pudiera despedirla como merecía, con un recuerdo digno, llorando por la visión sonriente y calcutiana y no pensando en el líquido testicular estallando. Quería que explotara la bomba en mis entrañas y me convirtiera en jihadista emocional.

El doctor le palpó la frente. La luz me impidió ver claramente, su mano pareció moverse, la palma estaba hacia arriba, como esperando que la tomara, no supe si siempre estuvo así o si se dio vuelta. Miré al médico que volvió a ver el monitor. La enfermera era quien le tocaba la frente ¿Por qué no sería un poquito más lindo? Apoyé las dos manos sobre la de ella, la sentí caliente. Apreté hacia abajo, como si estuviera reteniéndola, pero no se cumplió la tercera ley de Newton. No había nada que retener. La vista

se fijó en mis uñas y sentí las partículas de olor transportándose de mis manos a la de ella. La solté y di un paso atrás. El doctor le bajó la sábana y apoyó el estetoscopio en su pecho, lo apoyó y lo corrió un poco y lo volvió a apoyar. Y la enfermera miró el monitor apretando botones y el doctor la manoseaba, y ella no podía zafar ni reaccionar. Y quise gritarle al médico que dejara de que se fuera. Que dejara que se sacase las medias, que usara chancletas como yo y se fuera corriendo del hospital, que no podían enterrarla con mi olor en las manos. Ese día en el diario salió un reporte de OVNI's. Pero fui yo quien le atoró la túnica en vida y quien no pudo ni estar limpio en su muerte. El doctor apretó cada vez con más fuerza los botones, y la enfermera empezó a llorar. El calzoncillo siguió apretándome. Él la abrazó pero en el movimiento tiró el vaso con agua de la mesa de luz. El estallido disparó los vidrios para todos lados. La enfermera se arrimó a la puerta y llamó al hombre de la limpieza que enseguida llegó y se arrodillo en el suelo a juntar los vidrios. Luego se quedó arrodillado con los codos sobre la cama y los guantes de goma enlazados y comenzó a rezar y un tatuaje que era como humo o una mancha se le notó por debajo del guante. Y pájaros comenzaron a chocar contra la ventana y del otro lado de la cama el limpiador rezaba y la enfermera lloraba y el médico golpeando el monitor y yo seguía sin poder tomarle la mano y mis testículos parecieron que iban a subir por la uretra. Creí que ella me entendería. Quería que esto terminara. Y la pieza de vidrio entre las manos del limpiador ya traspasaba los guantes y lo hería, el charco de sangre de las heridas en la rodilla corrió encaminado por las juntas de las baldosas hasta llegar al otro lado de la cama. Era un enviado, un alien o un mutante, él tenía razón. Y yo era libre. Me arrodillé y bajé los pantalones, tomé un pedazo de vidrio, lo acerqué a la entrepierna y corté. El médico y la enfermera también se arrodillaron y se hizo silencio, quedamos los cuatro a sus pies procrastinando todo tipo de reconocimiento de la maleficencia, esperando la levitación divina creada por la energía de los miserables, que el alma sea absorbida por una piedra de azufre que le pasamos por el cuello y mantenerla hasta que se quiebre. Pero su alma famélica itinerante ya estaba lejos, con lo que yo creía que eran aliens, no mutantes como después supe. Mis testículos colgaban libres entre la rajadura. Si hubiera sido más valiente, más apuesto como

para poder pararme a su lado y tomarle la mano... Ella sería mi fantasma para siempre y con su sábana me cubriría. No pude sostener mí propia hipocresía. Poder girar en el camino y mirar en otra dirección pero no moverme del sitio. Je le pif, ya lo sabía. Una estrella cuando muere es cuando más se hincha y absorbe todo lo que tiene alrededor y algo se llevó de mí aunque todavía no sé qué. El monitor hacía rato indicaba que no había latidos. Nunca pudieron activarle el sonido de las alarmas.

9:14 PM

El timbre sonó cuando estaba con el tenedor en la boca. Los granos de arroz esparcidos por la mesa desayunadora. Internamente me convencí de que no escuché ningún llamado, que fue en otro apartamento o un error. Me petrifiqué simulando que no había nadie en la casa, al mismo tiempo agudicé el oído para tratar de escuchar lo que pasaba en el pasillo. Al segundo timbre algunos granos escaparon rodando de la mesa. Fui hasta la puerta y la abrí lo mínimo posible como para ver la silueta.

—Buenas noches, ¿está Lucía?

Habló con una pronunciación espantosa. La alineación de estrellas me inquietó por un segundo pero suspiré al saber que se trataba de un error.

—Me parece que está equivocado.

El hombre dio un paso adelante, impidiendo que cerrara la puerta, me pasó la flor roja y buscó en el bolsillo de su saco, que trajo sobre una remera negra, un papelito arrugado que me mostró. En él estaba escrita la dirección de mi casa.

—¿Es esta dirección?

Dos coincidencias se cancelan eliminando el factor aleatorio ante la extrema baja probabilidad de un hombre de acento extranjero buscando en mi casa a alguien con el mismo nombre de la que fue mi novia.

—Sí, es acá. ¿Qué necesita?

—Yo busco a Lucía. Traje la flor.

Sonrió. Traté por todos los ángulos de verle los ojos, pero fue imposible, el cráneo sobresalía generando una sombra como antifaz. Buscó en el otro

bolsillo del saco y extrajo nuevamente un papel más arrugado que el anterior.

—Un cri-san-te-mo.

—¿Por qué?

—Ha sido un largo viaje.

El viaje de Kurt, tal como me lo contó, comenzó la mañana del martes 11 de setiembre de 2001 en el piso ciento seis de la torre norte, el primer tramo lo realizó bajando las escaleras, revisando en cada piso por personas heridas o encerradas, golpeando con sus grandes hombros las puertas trancadas que impedían al grupo que lo siguió continuar avanzando. El segundo tramo de su viaje lo realizó nadando entre la caca de la ciudad. Recordé ese día de las imágenes repitiéndose una y otra vez como series infinitas que convergen siempre en el mismo punto singular; cambio tan abrupto que no se puede medir. La sucesión fue filmada por cámaras de noticieros, de seguridad, turistas de paso y el resultado es siempre el mismo: un avión estrellándose contra la torre sur del World Trade Center. La discontinuidad en la función de la humanidad que desplaza la dirección del movimiento hacia nuevos destinos, eventos únicos en una generación.

Comimos un poco del arroz que me hube cocinado y debí compartir. Sentado en el sillón blanco mientras yo lo escuché arrodillado sobre un almohadón, una mosca volando entre los dos ejecutaba ángulos casi rectos. El sonido del viento entrando por la ventana mal cerrada nos aisló de otras distracciones. Me contó que luego de bajar la torre quiso volver a buscar más personas, pero cuando se acercó comenzó el derrumbe, sin lugar para escapar, al ver la montaña de escombros crecer frente a él, solo pudo ir hacia abajo, y así fue que por primera vez se metió en las alcantarillas que tanto llegaría a amar, se bautizó en el líquido mezcla de desechos de cocina y baño, se desplazó con pañales usados a forma de gorro y ratas prendidas de las piernas, masticándole los músculos de la pantorrilla, mientras, por encima, los pedazos de edificio pulverizado se estrellaron contra el pavimento haciendo temblar la vista. Pude degustar la nube de polvo tras el primer derrumbe, metálica que te rechinan los dientes y te irrita la parte alta de la nariz. Su cabeza giró curiosa siguiendo el vuelo de la mosca, como tratando de descifrar el patrón de los giros. Salió al fin

en el río Hudson, trepó un barco con gente sonriente ante el suceso, y nunca más volvió a pisar tierra estadounidense. En mi cabeza comenzaron a desenvolverse los acordes y la melodía de la canción que escuché en el walkman mientras regresaba a casa caminando esa mañana, luego de que el falso suicidio fuera un lagarto que nadie escuchó.

Fue otra de las mañanas que decidí evitar el hormiguero intelectual, la sinergia de las antenas sintonizadas unas con otras dialogando el mismo idioma desconocido para mí, moviéndose coordinadas cargando mochilas más pesadas que ellas. El mareo que sentía con el murmullo previo al comienzo. Risas y sonrisas en caras de dientes blancos perfectos y ojos brillantes llenos de vida y futuros prometedores; y luego el silencio hipócrita ante las escenas de la voz fina y dubitativa del profesor que me llegaban entre fundidos a negro de tiempo indeterminado y un pizarrón en el que iban creciendo las letras griegas de forma exponencial. Su espalda pequeña cubierta con una simple remera blanca, el pelo negro enrulado atado, la búsqueda de su presencia entre las multitudes, y ese juego imperceptible que tuvimos, yo sentándome siempre tres filas detrás de ella, nada de esto fue suficiente: los últimos días pasé frente al edificio de la facultad y seguí de largo.

Las primeras veces trencé grafos aleatorios solo deteniéndome ante la envidia al ver a los barrenderos con sus audífonos, una vida sin proyectos ni ambiciones. O a los porteros sentados en sillas de metal, irresponsables ociosos mirando la gente pasar. Las últimas veces esperé agazapado en la penumbra del galpón gigante abandonado que encontré en medio de la ciudad; víctima premonitoria de la crisis que amanecía, presentaba una escena de épica palomesca propia de John Woo. El local era grande, de unos 70 metros de largo y 25 de ancho con techo a dos aguas de chapa, lo encontré vacío, en buen estado, sin gente dentro, el olor a pichí era de gato o rata. En ese lugar me sentaba y leía, me entretenía estudiando o buscando las mejores formas de sacarme la caca de paloma sin dejar manchas, pero mucho tiempo solo pensaba: en mis errores, en cómo poder liberarme de la beca.

En el lado opuesto, debajo del tirante de hierro, una pequeña ventana circular proyectaba los rayos de sol en una forma elíptica en el piso de

hormigón. Me planteé curioso la tarea de calcular el diámetro de la ventana en base a las medidas del semieje mayor y el ángulo de proyección, pero de alguna forma esa tarea cambió a tratar de romper la ventana tirando piedras desde el otro extremo. Nunca di un paso adelante pese a quedar siempre varios metros corto. La madera 3 que comencé a cargar cuando iba al galpón me dio el alcance que necesité, pero la puntería siguió siendo un problema. Todos los días ejecutaba diez tiros, ni uno más. Si rompía la ventana el premio era suicidarme con los vidrios que cayeran.

Era notable el acercamiento al blanco al pasar los tiros. El efecto curvo inherente a la madera, el recorrido raso para evitar el techo, las caderas paralelas al piso, la inclinación del torso, todo se fue ajustando en cada nuevo lanzamiento. Hasta ese martes. El sexto tiro traspasó la ventana justo en el centro. Dejé el palo tirado, me acerqué caminando. Las palomas gorjearon tranquilas nuevamente. Las pulsaciones se fueron acelerando. En el piso brilló, llamándome, irremediable, sin excusas, un trozo de vidrio triangular de unos quince centímetros. Me arremangué el brazo izquierdo y empecé a raspar con el vidrio, tratando de medir el filo, el sufrimiento. Se me ocurrió que no sabía cómo hacían los que se suicidaban para cortarse los dos brazos, sobre todo si con el primer corte llegaba al tendón. Buscando el último instante de conciencia de mi vida agudicé los sentidos, como recuerdo de la vida terrenal. Y este agudizamiento trajo un sonido a través de la ventana rota, voces chillosas y amplias que se superpusieron unas con otras incrédulas, dijeron de aviones estrellándose contra edificios, de los muertos, de los suicidas. Hablaron de horror y caos. Solté el pedazo de vidrio y escondí la cabeza entre las piernas. Lloré por estar tan lejos, por los que podían ser héroes, por los que murieron dignamente. Volví a casa escuchando la radio. En el momento de más desconcierto, cuando ya no se sabía que decir, comenzaron los acordes de “Otherside” de Red Hot Chili Peppers.

Su peso en el sillón, fue como si siempre hubiera estado ahí. Se recostó sin sacarse los zapatos.

— No se puede quedar acá, tengo unos problemas ahora y no voy a poder atenderlo.

— Ya sé... el edificio se cae a tus pies, no tienes donde ir. Siempre se puede bajar, ahí estaré esperando.

Cerró los ojos y comenzó a roncar.

Martes

9:03 AM

Dejé los ronquidos de Kurt en el apartamento para sentarme en el hospital a escribir el informe sobre el incidente. La presencia del pelado en el sillón, el desvío de la rutina, evitó el desarrollo correcto de mi fisiología y no pude defecar antes de ir al trabajo. Sentado con los dedos entrecruzados y la cabeza gacha mirando el teclado sentí la presión de los intestinos inflamados hinchar la caja torácica. Con las manos temblando y apretando el esfínter para evitar la pedorra traté de escribir lo poco que sabía hasta el momento:

Informe sobre la muerte lenta y dolorosa de un neonato dentro de una incubadora y de lo que concierne a sus responsables.

Capítulo 1-Hipótesis

Se asume que el neonato murió ahogado por el humo y con fallas en los órganos debido al malfuncionamiento e incendio de la incubadora GE Giraffe de 2 años de antigüedad que elevó la temperatura de la campana hasta puntos de extremo peligro.

Capítulo 2-Pruebas

Se procedió a revisar la incubadora, comprobándose que el estado del control es bueno a pesar del incendio. De la revisión se pueden extraer los siguientes datos:

Dos semanas antes del incidente ingresó al taller por un problema de batería el cual fue solucionado (por quien les escribe) abriendo el equipo y asegurando los contactos de la misma.

Al encender la incubadora en el laboratorio, post-incidente, el display de ésta indicó 75,5° correspondientes a la escala Fahrenheit para el sensor que se coloca en la piel del bebé, siendo posible causa de esto una mala configuración del equipo luego de que saliera de reparación.

Se corroboró que no estaban seteados los controles de temperatura máxima y mínima.

Se procedió a abrir el equipo y se constató que el cable que lleva la lectura de todos los sensores al bloque central de calefacción estaba fuera de contacto en alguno de sus 12 pines, esto provoca varios desperfectos, a saber:

El bloque central de calefacción recibe los datos de temperatura de todos los sensores y corta la calefacción si alguno de ellos indica más de 39,9°C. Es una configuración interna y no depende de controles que pueda ingresar el usuario.

Al estar mal los contactos, y tratarse de termistores tipo NTC, la alta resistencia medida puede interpretarse como una baja temperatura, impidiendo el funcionamiento del control.

El cable desconectado estaba pisado y tironeado por la batería.

Capítulo 3-Conclusiones

Sin lugar a dudas la responsabilidad de lo sucedido es compartida entre el técnico que reparó el equipo antes del desperfecto (yo, quien les escribe) cuya falta de memoria y nutrición descuidada sin dudas afectaron sus facultades para el razonamiento y permitieron los defectos del equipo, y la enfermera budista quien cometió la negligencia de no setear los parámetros adecuados ni estar atenta a los acontecimientos totalmente evitables de la sala debido a la presencia sorpresiva de payasos en los corrillos del hospital.

Al terminar de escribir eso juré que mi aliento ya tenía olor a excremento. ¿Era posible que saliera por ahí el olor? No me animé a abrir la boca. La traspiración aparecida por la tensión también le sentí el olor a mierda, sudando la caca que se estaba filtrando y saliendo de los intestinos,

traspasando todo el cuerpo para encontrar la salida por los poros. En la sala, el Francés y el Dulce agruparon sus cabezas contra el monitor de Cassarino que con excitación trataba de encontrar un archivo.

—Mirá Samu, vení que vamos a analizar este video.

Me acerqué a ver, era una grabación casera de un partido de los cirujanos, con quienes jugaríamos la final, contra otro cuadro. El video arrancó oscuro, con nubes de tormenta tapando las estrellas, dejando el cielo negro. Una llovizna helada caía en la noche de agosto, Cassarino trotando al borde de la cancha con una de las manos en el bolsillo de la campera y con la otra sosteniendo la pequeña cámara mientras filmaba el partido distraído esperando el turno para jugar. Se ensimismó viendo su propio aliento formar nochelucientes cuando notó que la pelota se dirigió directamente a su rostro. Sin tiempo para mejor reacción simplemente atinó a agachar la cabeza y cerrar los ojos, Una oscuridad se apoderó de la pantalla, pero el impacto nunca llegó. Cuando volvió a subir la cámara tenía frente a él, de espaldas, la figura del médico/volante, de estatura mediana, un par de rastas le bajaban hasta el omóplato. Vistiendo un short de la selección alemana y la camiseta del cuadro de los cirujanos: blanca, el escudo con dos cuchillas de carnicero formando una cruz en las mangas, detrás, en la parte de abajo, la leyenda “La guerra es la mejor escuela del cirujano”. No había número ni nombre. Controlando la pelota entre sus pies, Cassarino dice que la bajó de pecho, aunque esto no es confiable ya que estaba con los ojos cerrados. Un defensa corrió a marcarlo pero el incisidor/creativo giró velozmente sobre su eje, Cassarino jura que se cruzaron las miradas en un instante que pareció enlentecerse por minutos. Lo asombroso fue que en medio del giro, estando de espaldas a su marcador, el doctor/exquisito-con-el-balón efectuó un taco, haciendo que la pelota pasara entre los caños del rival humillado, cuya expresión facial cambió de forma instantánea por una de consternación. En el tiempo en que el contrario doblegado llevó las manos a su rostro en gesto de desconcierto el milagrero/mesías levantó levemente la pelota para saltar entre medio de dos zagueros que vinieron de direcciones opuestas a gran velocidad, provocando el choque de estos. Luego, con los brazos extendidos que parecían alas, y por lo menos dos guantes de látex en cada

mano, lanzó un bólido azul con la pierna izquierda que el arquero no pudo quitarle la mano, siendo ésta traspasada como si no existiera. La escena quedó conformada entonces por el arquero agitando la mano, los dos defensas en el piso tomándose las rodillas tras el choque y el primer rival con las manos en la cabeza. Mientras, el dios/dios, enmarcado en una gloria debido a la retrodispersión de los focos de la cancha en las finas gotas de la llovizna, levantó su brazo derecho con el puño cerrado a la altura de sus ojos.

—Cómo juega el hijo de puta, vos venís, ¿no?

El estrujor en la panza era terrible, sentí que si le respondía podría salirme excremento expulsado como vómito. Pensé en ponerme un pañal de tapabocas. Me fui al baño directamente, no le dije nada. Apoyado en mi tristeza el alivio llegó por suerte silencioso, aunque el olor invadió el baño. En el momento de la limpieza entraron dos personas conversando al baño.

—Pa, qué jedor, está nuclear esto.

—¡Qué hijo de puta!

Se acercaron a mi cabina y golpearon la puerta. Sentí las risas detrás. No pude reconocer las voces, pero no pensé en contestar nada. Debía esperar a que se fueran. Volvieron a golpear, esta vez más fuerte.

—Algún día va a salir el cagón —volvieron a reírse.

—Ta, dejá, lo esperamos afuera. No se aguanta.

—Dale, ¡mirá que te estamos esperando afuera!

Atrapado en el cubo con los calzoncillos por los tobillos. ¿Podría salir por el caño? Tirarme ahí e ir nadando por los desagües como Kurt hasta salir en el mar. Incubándome en mi propia mierda, envuelto en el halo nebuloso, chimenea humeante del volcán de lava conquistadora. Meter la cabeza. Un brazo aunque sea. Escarbar y llegar con la mano del otro lado. Tocarla. Las uñas. Busqué en la puerta, entre las fechas y nombres tallados, un epitafio en el que identificarme. Tomar un poco de aire fresco. Pasado en el encierro al que no le vi fin, un hombre entró al cubículo de al lado. Empezó a orinar, pero alternaba la dirección del chorro entre el agua y la cerámica, creando un ritmo casi hiphopiano.

—¿Dónde está ese perfume!

Cuando más se necesita?

Si este hombre caga así

No necesito del anestesista.

Era la voz de un hombre joven, graciosa, pero no se estaba burlando.

—Mirá que no hay nadie afuera, podés salir tranquilo —me dijo.

Quedó un silencio espeso. Tiré la cisterna. Salí de cubículo sintiendo los pulsares del corazón. Tenía la frente empapada en sudor, ya no con olor a mierda. Metí la cabeza debajo de la canilla, me mojé la cara, y al mejor estilo de una película de terror adolescente, cuando levanté vi en el espejo el reflejo de un payaso detrás de mí. Sentí erizar los finos pelos de las patillas. Emití un grito ahogado. El hombre tenía una nariz de goma roja y maquillada la cara de blanco. No más que eso. Esperó a que terminara de lavarme, me alejé a donde estaban los papeles para secarme y él se acercó para lavarse las manos. No se tocó la cara. Salió caminando secándose las manos en la túnica.

—Gracias —le dije, pero no creo que me haya escuchado.

10:12 AM

Entré en la sala y los vi a todos en sus mesas de trabajo, simulando que arreglaban equipos. Eso quería decir que Maderna pasó por ahí.

—Te quiere ver —me dijo el Francés—. Mañana vas, ¿no? Sino tenemos que llamar a Parelo. Por favor andá.

Le contesté que trataría de ir y me senté frente a la computadora a seguir con el informe. Esperaría un rato antes de ir a verlo.

Al rato la música me hizo perder la concentración. Inundó lentamente la sala, entrando como la nube rosácea que precede un genio al frotar una lámpara. Me fue envolviendo hasta abrazarme, tenía un olor dulzón, floral. Me pareció distinguir un acordeón. Levanté la cabeza en busca de respuestas. Dumas y Cassarino ya estaban intercambiando miradas. Dumas sonrió por algo, luego me miró, yo le puse cara de que pateó al arco en lugar de pasármela, encogió los hombros. La densidad fue aumentando hasta inquietarnos, el Dulce Román pasó junto a mí en dirección al pasillo.

-¿Qué es eso?

-No sé, voy a ver.

Ante esta señal unívoca de aceptación de la curiosidad la música fue brevemente escondida detrás del ruido de las sillas arrastrándose, todos salimos y nos quedamos en la puerta. Hacia el fondo del pasillo avanzaba un sexteto de narices rojas y sonrisas blancas. Sol y Luna. Mezcla perfecta de la bandera del Japón y la de Pakistán. Me parecieron jóvenes, vestidos con túnicas de médico cortas, debajo se notaban camisa de muchos colores, verdes, amarillas, violetas, floreadas. Los hombres llevando pantalones rojos o azules, las mujeres calzas a rayas y polleras también multicolores. En el pelo las muchachas traían flores, uno de los muchachos tenía una gorra de papel, como la de los cirujanos, otro venía de galera. Uno de ellos efectivamente tocaba con un acordeón, otro acompañándolo con una mandolina. Tres muchachas bailaban entre sí arrimándose a las puertas para sacar a bailar a los espectadores. Otro muchacho bailaba detrás, dando vueltas a sí mismo con los brazos abiertos y entonando Volaré de los Gipsy Kings. A pesar del aparente caos, la masa, que se estiraba y contraía chiclosamente, se desplazó a velocidad constante y no muy lenta. Los bailarines orbitaron alrededor de los instrumentos, se alejaban capturando algún funcionario que como nosotros se asomó al pasillo y volvían al centro como sujetos por un resorte. Al rato las víctimas salían contagiadas, el pelo revuelto, la ropa desacomodada, la sonrisa pakistaní. Al poco tiempo pasaron frente a nosotros. Atrás de ellos otros espectadores siguieron aplaudiendo y sonriendo. Cassarino no esperó que nadie lo viniera a buscar y se lanzó al medio tomando de la mano a una de las payasas, otra vino hacia mí, acercó tanto su cara que solo podía ver la nariz de goma, me tomó de la mano y me dejé llevar hacia el centro. La energía dentro del enjambre era mucho mayor de lo que se percibía desde fuera. El canto, la música, las risas, el baile, los roces. Me hizo dar una vuelta y luego yo a ella, flotaba, había un fuerte aroma a frambuesa, estaba dentro del relleno de un chicle Bubbalo. Sonreí. Al salir de la ronda volví a la puerta tratando de improvisar un paso tropical, pero cuando la torpeza de mis caderas me hizo volver a la realidad lo cambié a un trote un poco amanerado. La comparsa siguió avanzando hasta el final del pasillo, doblaron hacia el hall, el ascensor se abrió y ellos subieron. Al cerrarse las puertas la música cesó, pero el silencio pareció demorar en volver. Las

vibraciones siguieron retumbando en las paredes por unos instantes. La energía se fue con los payasos. Nos miramos y sentimos la vergüenza de no poder mantener el estado, de saber que solo fue momentáneo y que somos y seremos los mismos que hace cinco minutos, qué no cambió nada. El Dulce se acomodó un poco el pelo y fue el primero en volver a su escritorio. Poco después todos le siguieron. Yo comencé a caminar por el pasillo hacia la oficina de Maderna, mirando las baldosas grises con piedras negras pequeñas del piso. Detrás mío alguien entonaba con vos baja Volaré.

Llegué a la oficina y él estaba sentado en su escritorio con una peluca de cotillón brillante. Los lápices desordenados sobre el escritorio se mostraron puntiagudos.

—Vení, pasá.

De la serie de relojes en la pared indicando las horas en diferentes ciudades del mundo, el de Tokyo siempre estuvo adelantado. Tomé asiento.

—Estuvieron los payasos ¿los viste?

—Sí, me crucé con uno en el baño hace un rato.

Arriba nuestro, contra el techo, flotaban un par de globos rojos.

Rápidamente miré el monitor. Tenía la bandeja de entrada de correos, no llegué a notar de qué se trataba.

—¿Pudiste ver la incubadora? —Su tono era sombrío, traslúcido.

—No mucho todavía, estuve estudiando el informe.

—Bien —entrelazó los dedos gordos y blancos de las manos y los apoyó sobre el escritorio, le vi la marca de la alianza que hasta hace poco amenazó con machacar el dedo.

—Tengo correo de Pérez-Recarte.

Nos miramos por un instante y creí ver a través de las cintas de color violeta que tapaban la cara como le asombró mi expresión de indiferencia. Se paró ágil para lo gordo que era y caminó hasta la ventana. Se quedó contemplando hacia afuera, con la mirada perdida en los edificios del frente. Volvió al escritorio y sacudió los papeles picados de colores que tapaban un montoncito de hojas, levantó una y la leyó con detenimiento. El celular

vibró encima del escritorio, esto pareció despertarlo. Se acomodó un poco los pelos de la peluca que le caían sobre la cara.

—Está muy interesado en saber cómo se resuelve esto.

—Estoy en eso.

Con el dedo mayor acomodó sus lentes, volvió a retocarse la peluca y luego se rascó el bigote. Vi los pedazos de resequedad desprenderse y nevar hasta el saco.

— Voy a renunciar, ¿sabés? Es hora de cambiar de aire.

Giró en la silla y quedó mirando la ventana. Estuve a punto de irme, si no me hubiera hablado en ese momento.

—Los payasos... qué personajes.

—Sí.

—¿Les tenías miedo de chico?

—¿A los payasos? No.

—Yo tampoco. Mi padre era payaso.

—El mío no.

—Sí... Trabajaba los fines de semana en cumpleaños infantiles... Hace una semana que estoy viviendo con ellos de vuelta. El apartamento se lo quedó Diana. No tengo fuerzas para buscar.

Simetría cruel de la vida el espejo en que los padres ven a sus hijos crecer con nostalgia es el mismo en que los hijos ven el envejecimiento de sus padres. Solo cuando volvemos y las paredes de un color celeste lavado, apenas visibles detrás de cuadros y más cuadros avejentados con fotos que ya no expresan nada más que dolor y la sensación de que las cortinas han estado cerradas todo el tiempo. Solo yendo allá se descubre que todo pasó. Que no hay sueños. El recuerdo inconsciente de la lucidez choca con los errores en las palabras o en los recuerdos más simples que se traspapelan y se ocultan como las arañas en la leña de la estufa. Arañas que todos ignoran. Y miedoso de la propia decadencia prometimos suicidios.

Me oculté de ellos detrás de ideales semidefinidos, detrás del cubo de mármol que supuestamente ocultaba mi forma y que debía descubrir a cincelazos. Creía que ellos iban a estar bien. Seguí dándoles la prioridad para cargar los troncos más gruesos y agarrar los muebles desde los lados

más pesados. Ignoré los corrimientos de muebles, y tratar de debilitarnos y de parecer menos como torciendo la práctica para ajustarse a la teoría en la que basamos nuestra vida.

Y no nos damos cuenta que dejamos de vivir en el momento en que nos vamos de la casa de los padres, supuestamente para entrar al mundo, y terminar en una burbuja llena de vacíos donde las estrellas brillan lejos y ya ni los tenemos a ellos. Y soy tal que no me animo a volver a acercarme, a ver que necesitan para terminar como merecen. Y pienso que fui un castigo para ellos y que fui malo para ellos, no pude acercarme ni verlos la cara. No les hablo, les oculto todo. No los he llamado ni lo voy a hacer porque creo que no están a la altura para entender las complejidades de la vida moderna, de alguien que lucha en la selva por destacarse, pero que es imposible hacerlo.

El deseo de irme que me domina cada vez que voy por la casa, el momento de entrar ya me quiero ir y olvidarme de todo lo que pasó allí y a los cinco minutos ya estoy comportándome como el mismo adolescente que no soporta que la madre le diga que el frío entra por los poros, por eso hay que usar bufanda, o que el hígado necesita vitamina b para fortalecer el pelo, así que si no comía toda la zanahoria iba a quedar pelado. Y ahora debo estar con ella nuevamente, si me tengo que ir, que desenchufarme solo pienso en ir para allá, la tranquilidad del lugar, aguantarla.

Y luego la vuelta. El trato como niño, el oso de peluche verde que me espera arriba de la cama, el volver en el tiempo. Pero no es lo mismo, todo pasó. Los repasadores, la oscuridad de los cuartos que ellos mantienen todavía como lo dejamos cuando nos fuimos, los juegos de química podridos sobre el escritorio, y ahora que quieren que todo se a igual. Dejavirus de pajas a escondidas. Las mismas peleas de siempre por una toalla tirada o el insulto de exasperación a la quinta vez que me dice que vaya al sicólogo para afrontarlo. Pero no tienen la misma fuerza para seguir y los veo y me da miedo.

El músculo envidia y añora la acción. Postrados frente a la tele, sin hablarse entre ellos uno queda más que preguntarse por qué eligieron vivir así, por qué la comodidad de un plato de comida o de la plata mensual, no separase y terminar con la farsa de familia. Solo unos pocos salen por fuera

de ello y nos alarma la intrascendencia de la vida cotidiana ensalzada por los porotos de manteca que condimentan el universo del plato de guiso materno con olor a pimentón que es el mismo de siempre. Pero que hacer desde allá, desde esa misma cama angosta con colchón tan fino que tiene el mismo olor a pichí. Y hay que ser valiente para irse a vivir con ellos, para sentir la culpa tan grande de tener que arrastrarse y soportar las humillaciones de quien no te trata como adulto sino que lo avergüenza con los vecinos desmantelando frente a ellos que a veces tengo pesadillas que me despiertan transpirando y gritando el nombre de ella. Y actúan como víctimas de un hecho mastodóntico como la pubertad eterna que despierta cada vez que los veo.

Es la posibilidad de acomodarse a sus reglas a cambio de la salvedad económica en tiempos de crisis y para ahorrar, el sacrificio de ser un laucha, una chinche que se vuelve escarabajo y de eso hablaba, el escarabajo que vive con sus padres y debe volver a esconder el hábito de sacarse los mocos y pegarlos debajo del sillón. Dedicarse a comer e irse a trabajar, y aún así ver como la madre se levanta siempre un poco antes que él para preparar el café con leche que ya le dije mil veces que no me gusta con tanta azúcar, y la resignación de tener que tomarlo así.

El silencio para evitar peleas, eso es lo que se llega en el último tramo, cuando quizás ya se sienta lástima de ellos, cuando uno deja de entender como pudimos ser la excusa para todos sus sueños y que en realidad no intentaron. Pero me da miedo que ellos estén por entrar en lo peor de la vida, tener que hacerme cargo de ellos, de limpiarlos, de cocinarles, como harán para pasar los últimos días de sus aburridas vidas. Y por eso no les puedo decir. Seguiré esperando secretamente que mueran y me dejen en paz y vender la casa y con la plata comprar otra que tenga paredes blancas y se puedan abrir las cortinas. Evitar el trabajo de estar con nuestros padres en esos últimos momentos y quisiéramos que mueran cuando todavía no están en su peor momento, pero sabemos que eso llegará y deberemos pagar mucho o resignarnos a cambiarles los pañales. Espero estar preso, prefiero que me violen en la cárcel a ver a mis padres envejecer y ser seniles.

—¿En qué momento nos pasó esto?

No supe de que hablaba.

—Creo que desde siempre.

—Esperemos que no pase de nuevo.

—Esperemos.

Me paré para irme, aunque supe que todavía faltaba. Algo se estaba conteniendo.

—Samu...

Me frené, al otro lado del pasillo, me di vuelta y Maderna sostenía una cornetita en la mano.

—...Nada.

Cincuenta y tres semanas antes

Temblé como un perro soñando y era yo quién temblaba de soñar al perro que olfateó mi debilidad y cinchó de la cuerda para hacerme ir a otro árbol más y lo odiaba, y la odiaba a ella por estar enferma y dejarme con el perro a mí. Y yo débil de cuerpo y dominado totalmente por el perro no logré ni siquiera excitarme con las mujeres que veía en la calle, y deseé que se muriera de una vez y pudiera darle una patada en el orto a este perro. No sé para que alguien querría un perro, que lo único que hace es demandar y demandar y no aporta nada. Y el perro cagó donde había más gente y me obligó a agacharme a buscar la mierda y lo seguí humillado porque me daba miedo que él me mordiera con sus colmillos mugrientos o que me ladrara y mostrarme débil frente a todo el mundo y verían que no podía controlarlo, y es un perro, solo un perro y debí juntar su mierda media diarreica con mis manos y ensuciarme y quedar con olor a mierda y ella en el hospital sin morirse y liberada.

Y cuando la visité y Lucía me pidió jugar a contar las gotas de medicación que pasaban por la tubuladura hacia su brazo yo solo pensaba en que no me pidiera mi mochila por alguna razón y descubriera las moscas adentro, porque en esos días me dediqué a cazar moscas y guardarlas en la mochila, y solo pensaba en que no quería que ella supiera de eso, y el pecho se me contrajo y sentí el corazón agarrotarse cada vez que ella miró la mochila y a mí me pareció sentir los zumbidos y ver pequeños chichones

producirse en la tela debido al choque interno de las moscas. Y me ruboricé cuando me preguntó en qué andaba y no le dije que cazando moscas, y cuando se posó una en la ventana y la maté haciendo un rollo con una revista, amagué a tirarla en la basura y me la puse en el bolsillo para guardarla junto a las otras después. Y así no pude sentir sus pulsaciones, detenerme en las expresiones de la cara, en la posición de las manos, en las fluctuaciones del tono de voz, todo eso está perdido para mí en el calentamiento del pecho que me provocaba pensar que podía ver que era el señor de las moscas.

4:18 PM

Contemplé la incubadora por varias horas, inerte, pensando cómo nunca se me ocurrió que iría un bebé de verdad, necesitado del equipo para sobrevivir, que ese era mi trabajo, todo parecía tan lejano en la cápsula espacial destinada a darnos la seguridad y el confort, donde afuera parece estar quieto a pesar de moverse a la velocidad de la luz. Nunca sentí la necesidad de pensar en algo más que los equipos. El universo se movía ante mí y solo lo veía a través de las caras en los ascensores. Realicé que no conocía el hospital ni los caminos lustrados por las pantuflas de las enfermeras que se marcan como líneas fluorescentes en el piso. Debía salir a buscarlo, enfrentarlo y sacar de él lo que me quería que mostrar. Me dirigí a la sala de cuidados intermedios, donde estaba internada la madre del bebé, debía hacerle caso a la recomendación de Pérez-Recarte, por algo lo mencionó, aunque sea para resplandecer en la tristeza y poder dilucidar en sus ojos los deseos de escapar.

Me sorprendió ver en la sala a la enfermera, conversando con la madre en tono jovial, su pelo corto por los hombros bailando de un lado a otro coordinado como una pollera hawaiana. Ya no tenía las manos vendadas. Los ojos saltones de la madre mostraron cierto indicio de brillo como dos estrellas enanas, sosteniendo en su mano un perro hecho de globos, evidencia del paso de los salvadores maquillados.

Llegué tarde como siempre. Ellas embrujadas por los payasos que parecían ir contaminando el aire de conciencia, se conectaron en el

sufrimiento y formaron la alianza de perdón que las va a unir en el pesar. La enfermera le tomó la mano jugando con sus dedos. Se miraron a los ojos y sonrieron. Quise comunicarme con ellas y pertenecer al sufrimiento colectivo de la culpa. Sentí celos. Pensaba que estaría unido a la enfermera, que habría logrado conectarme, establecido el vínculo que nos llevaría de la mano. Pero yo no conocí al bebé como ellas. Para ellas yo era un vidrio que solo podía comentarles los aspectos técnicos del accidente.

Salí temblando, sin que me vieran.

Ellos tendrían la solución, a ellos debía dirigirme para encontrar la salvación.

Siguiendo el camino de las sonrisas tímidas con miradas bajas de quienes sintieron vergüenza de abandonar el dolor por unos momentos de alegría, quienes pensaban que debieron estar llorando y no riendo. Siguiendo el aire liviano que pareció sostener flotando las melodías de una mandolina. Siguiendo el aroma dulce de chicle de frutilla que recién se empieza a masticar. Así llegué al núcleo atrayente que unía todo como un plasma gelatinoso: La agrupación de payasos. Medirrisina. Estuve un rato viendo el afiche pegado en la puerta. El símbolo de la vara de Esculapio, pero en lugar de un palo había una corneta y en lugar de culebra una serpentina, en blanco sobre fondo rojo. Abajo y a la derecha, en letra chica, un mensaje rezando que eran parte de la Responsabilidad Social Corporativa de Medicactive.

La puerta estaba recién pintada y entreabierta, dos características en principio no relacionadas a menos que no pudieran cerrar la puerta porque la pintura todavía estaba fresca. Pensé en entrar. No lo hice. Me senté en un banco de madera largo y sin respaldo que estaba en el pasillo. Pude escuchar a los payasos mientras se cambiaron, conversando luego de haber impregnado de energía vital a las alas más bulímicas del hospital. Se sinceraban sobre lo que vivieron esa tarde. Solo pude escuchar a tres, los otros se habrían ido ya. Otros me contaron que por donde pasaban dejaban una estela de alegría, cambiando el humor por varios días y que eran numerosos los casos de mejorías súbitas e inexplicables cuyo factor común era el toque mágico de la agrupación payasa.

En la sala, uno de los payasos les confesó a sus compañeros que pensó que no iba a poder seguir con la actuación, que estuvo a punto de romper en la desesperación cuando visitaron a la mujer que el novio depresivo, luego de desfigurarla a golpes hasta el desmayo, trató de coserle el ano y la boca con tanza 0,3mm y un anzuelo para lenguado, ya que estaba convencido de que lo engañaba con otro pescador con el que solo tenían sexo anal y oral, para no quedar embarazada ya que era alérgica al látex, mientras que el novio no podía tener hijos debido un accidente con un pequeño tiburón que había pescado y que al sacarlo se le prendió a los testículos en una escena con más de siete millones de vistos en YouTube. Las heridas de ella derivaron en infecciones varias y en la extirpación de gran parte del intestino grueso y labio superior. Los otros payasos confortaban al afligido y le aseguraban que si no fuera por la gran hinchazón y la tanza en la boca, la mujer seguro hubiera sonreído ante la actuación de ellos. Siguieron reconfortándose unos a otros, hablando de cómo debían ser fuertes y pensar en el bien mayor que estaban haciendo, me parecieron un grupo de autoayuda, si supiera lo que es eso.

Salieron los tres, figuras lúgubres, delgadas y bajas de traje negro, cubiertos por el vapor de una ducha recién cerrada, arrastrando sus gigantes zapatos, uno llevando la mandolina colgada.

—Hola... Son los payasos.

Los ojos mortecinos de uno de ellos se arrastraron hacia los míos, los otros parecieron no entenderme.

—Necesito un consejo... ¿han matado algún bebé? Anoche tuve un sueño...

La mugre se acumula en mi celda, las ratas se pasean y cagan en mi cabeza mientras leo la biblia. Los trapos colgados de las celdas forman una bandera multicolor símbolo de la alegría que les he llevado. Estoy en calma. Entonces escucho el sonido de las piedras partirse, el temblar de la estructura, el motín en proceso. Todos vestidos de payasos, con pelucas multicolores y trajes remendados corren con palas y azadas, en fila hacia las torres, donde son muertos por los guardias que disparan las ráfagas al bulto, pero solo con que uno llegue es suficiente, las pérdidas son necesarias en la vanguardia.

Trato de mirar por la ventana las oleadas de payasos cuando comienzo a sentir los pasos y golpes dentro del edificio. Vienen por mí, me van a matar. Se acumulan contra los barrotes, cinco, seis, los ojos asesinos con maquillajes mal aplicados, estiran los brazos para agarrarme, les tiro la biblia, comienzan a forzar la reja y están a punto de romperla, siento el pánico, pero a mi lado se para ella, les muestra la sonrisa contorneada que me mostró el último partido. Me relajo en mi catre, siento la protección de sus alas, los barrotes ahora parecen inamovibles, hasta que uno de ellos se estira y parece alargarse y la toma de las piernas, la arrastra hacia la reja, la tapan los brazos de uñas sucias y pelos gruesos, comienzan a desmembrarla, a quitarle la piel, ella sigue con la misma sonrisa, me mira y su nariz en carne viva parece la de un payaso. Y ahí desperté.

¿Por qué me miran de esa forma? Qué acaso no han pasado por sus gargantas el dolor de las enfermedades más calvarias en sus recorridas trágicas por los pasillos evangelizadores, guardando los suplicios en pequeñas cápsulas que luego tragan ustedes en lugar de las víctimas. ¿Pueden ayudarme a ver lo que me espera?

1:21 AM

Entré y Kurt estaba en el sillón, recostado, mi cerebro no pudo procesar ni rescatar de la memoria lo que estaba viendo. Al principio pareció un picaflor. Debí realizar un enfoque gradual hasta revelar y entender el movimiento lento de las manos sobre el pene erecto. ¿Dónde juegan así? En Zanzíbar aparentemente. Solo las tribus más vírgenes pregonan el espiritismo fálico como una retribución a la luz molecular respetando las doce horas de sensaciones milagrosas. ¿Por qué escapar de una tribu así? Por los sabuesos incansables de los liquidadores. Las teorías no importan, solo lo incomprensible y dudable cuenta en la imaginación de los más perseguidos.

No paró, solo lo hizo para teclear en la computadora y estrellar la silla contra mi cabeza. Con sus ojos vendados de sombra nunca pude ver si me miró.

Durante ese año solo comí arroz porque no tenía ganas de otra cosa. Simplemente me desperté y solo quería comer arroz. Si no le gustaba que se fuera. Así fue que me partió la cabeza con una silla y de mi cerebro efluyeron rojos los cálculos de mi vida.

En torno a su gigante espalda de futbolista fracasado, perdido en un mundo de negros siendo rubio, abandonado y criado como pollo entre cisnes negros aprendió la violencia y el deporte inseparables, como el único y corto camino. Sólo viviendo para el fracaso se pueden manipular las misiones. Pero llegó el arroz y los recuerdos son como granos blancos, como la espuma de la ebullición en la olla, como el humo de un edificio que implota en una demolición controlada.

Yo escuchaba las rocas esperando que me revelaran algo, pero la realidad suena metálica como un trueno delante de mis ojos.

Juntos lo miramos, él desde adentro. Huyendo rengueando desesperado, perseguido por la nube blanca que cubría la realidad de los mutantes que salían inmunes, plantando algún pasaporte intacto por aquí y por allá, la lesión lo privó de las grandes ligas y lo enmarcó en el ojo de la mentira. Vio la bomba. La lluvia y el barro marcaron el tiro que besó el hoyo y rodó por el borde haciendo un giro de 270 grados comparable al movimiento imposible de un Boeing a 200 metros de altura en la carrera por borrar los documentos importantes del pentágono.

El truco se revela por cansancio. Como el padre que no era, la revelación de las verdades frente a un campo verde en dónde todos esperan que nos convirtamos en mártires por la causa del poder. Adoptados coplanariamente. El sonido de la motosierra que corta con la mente plagiarizante entre los escombros polvorientos donde de la nada surgen, convenientes, pasaportes de los terroristas intactos. Kurt, como un talibán que ni murió en su propio acto suicida, fue haciendo hophopeos por islas desiertas de volcanes oscuros. Aprendiendo de cada lugar los artes insociales, experimentos de aislación moral que desarman las vergüenzas altaneras costumbristas, hasta que llegaban los liquidadores que lo seguían por haber sido testigo de cómo colocaban la bomba y ataban los explosivos a los pilares y los marcaban en diagonal para que el esfuerzo hiciera polvo las torres esparciendo el asbesto prohibido de los edificios ya inservibles,

llenando de cáncer los pulmones de los bomberos. Aparecido anticipadamente en la lista de víctimas, como pasajero del AA 11, como si alguno de ellos hubiera existido en realidad, como si la carrera profesional se cortara a propósito por el pánico. Como un truco de magia revelado ante la audiencia. Como un putt que da vueltas en el green, embrujado. Como la idea de que el universo entraba en una cáscara de nuez. Parte de la lástima colectiva aparecía en los memoriales con una foto de su triunfante etapa universitaria, con la raya al costado de su pelo rubio, los dientes blancos y los ojos celestes que sí se le veían, aunque parecían artificiales, dejando plantada su identidad en su etapa más triunfal para que el resto del mundo se encegueciera de la rabia y el dolor justificante de las venganzas.

Y la astilla que se clavó en mi cuero cabelludo hace sangrar la herida como renovando el río rojo que alimentaba la jungla. No me iba a masturbar con él ni iba a comprar otra comida más que arroz. No tenía ganas de comer otra cosa. Sus ojos invisibles, la sombra del arco superciliar que negraba la vista y me indicaba la verdad profunda que solo se aprende liberado.

Los payasos eran de la estirpe de los liquidadores. Monstruos hijos de la radiación de Chernóbil, pagados para realizar los trabajos más sucios del mundo. Por supuesto que una organización ficticia como Al-Qaeda no puede organizar un atentado. Así como un avión no puede estrellarse dejando solo un pozo en la tierra. Ni un edificio puede caerse solo por estar cerca de otro.

Las fuerzas electromagnéticas que nos unen no permiten actos individuales. Lo podemos ver o no. Lucía no buscaba aliens por internet, buscaba mutantes. Como mucho de lo que hacía, no me lo dijo. Sabía que no lo iba a entender. Solo un año comiendo arroz y jugando tragamonedas pueden llevar a alguien a ver la realidad debajo del truco. A mí me quería porque trató de cambiarme. Creyó que era más fácil que luchar contra la verdad. Y quizás era momento de comer otra cosa. Dejar de despertarme pensando en masturbarme en la ducha.

Donde se mire está el toque de los liquidadores. La manipulación del equipo que hicieron los payasos que maquillan su mutantés bajo los

zapatos gigantes y que enmascaran las patas de rana con las que nacieron hijos de los liquidadores originales de Chernóbil. ¿Pero no fue Chernóbil también programado? Ellos sustituyeron a los Grupos Dorados que se escondían en las bóvedas de los bancos centrales, entre los lingotes de oro, y salían solo a desarrollar ataques como el de Pearl Harbor, aunque la explosión de un reactor nuclear quedó fuera de su rango de seguridad, traspasando incluso el blindaje dorado que llevaban fueron extinguidos agonizantes y enterrados en otra bóveda, de uranio y polonio.

Kurt no se asombró tanto cuando le conté del incidente del bebé como cuando le dije que no buscara otra cosa más que arroz, porque no iba a encontrar. Me instruyó, desde la oscuridad de su mirada de sombra y su puño estéril que se abría y cerraba ante cada latido de su gigante corazón, como los payasos, mínima sucursal de los liquidadores, estaban detrás de la implantación de una enfermedad a nivel mundial, y que eso dependía de que GE debiera rellamar miles de incubadoras debido a fallas y los hospitales deban reponerlas con equipos Medactive, lo que desencadenaría en la extensión sin límites de las empresas farmacológicas con la tan soñada y anhelada gripe mundial que vendría incluida en las incubadoras, y todo se iniciaría con mi defensa del asesinato dejando en claro las faltas de coordinación de los equipos GE.

Y el ataque de la silla fue una exageración. No tenía otra opción más que echarlo con su remera negra y los calzoncillos bajos después de masturbarse diez horas porque en Zanzíbar es así. Pero que un avión no desaparece porque sí, ni un piloto que no sabe manejar puede hacer maniobras de un caza, ni un edificio se cae solo por estar cerca de otro, ni el acero puede permanecer incandescente a 1200 grados por 20 días cuando durante el incendio ni siquiera superó los 800. Y los payasos estuvieron y toquetearon el equipo.

Lucía murió derruida por dentro, derrotada por sus delirios y por mi indiferencia, siguiendo los designios divinos de un chip shot que baja la loma directo hacia hoyo y se frena a diez centímetros, la física incomprensible de un green lluvioso. ¿Y por qué estaba ella en la tribuna? ¿Quién la invitó? El vuelo dramático de un pantalón rajado y la vergüenza de agacharme a tomar la pelota del hoyo: no pude hacerlo. Si le embocaba

ganaba. Si le erraba no tenía que agacharme, la podía levantar con el palo. Fuerte escalaje social detenido por la mala calidad de lo posible en la villa de los pobladores humildes. Mi último hoyo de golf designado por la costura de un pantalón y la mirada de ella entre los diez de la tribuna.

No recordaba nada del último año, solo que solo quería comer arroz. Y la foto de Kurt en la página de memoriales del atentado, muerto como pasajero del AA 11, cuando su pecado fue ver que colocaban las bombas y salir corriendo, escapó aunque no querían y el siguió escapando, cojo con su pierna de fracasado y sus ojos ensombrecidos, de los liquidadores que lo siguieron por todas las islas tribales que existan, aprendiendo el arte de la masturbación y el enojo sangriento, mientras yo huía de mis vergüenzas, pero si no las expongo no hay nada, es eso o nada.

Y ella que soportó la derrota, mi humillación elegida ante la demostración de pobreza, sentada a dos asientos míos en la universidad, compartiendo el ambiente que nos unía como una fuerza gravitatoria platónica, pero entonces el diminuto profesor me preguntó algo que no sabía la respuesta, y ante la mirada de todos, pero solo la de ella, debí decir que no sabía al mini profesor que sonrió sobrado por la ignorancia del mosquito. Y la enfermedad de las vergüenzas que me atacó las entrañas hasta más no poder y pasó algo e hice algo que no me atrevo a contar.

Y Lucía en su propio camino de autoatentado buscó un Al-Qaeda que propulse los misiles, con quien luchar por la supervivencia, y yo le di el mejor ejemplo de un grupo terrorista maquiavélico con quien ella intentaría luchar en su posada, pero no existe Al-Qaeda ni Bin Laden, y los juegos de guerra establecidos para ese día y los frames faltantes de la película de los Naudet o las cámaras de seguridad inexistentes del pentágono y Lucía luchó contra los mutantes, no los aliens, y a mí me intentó ayudar en su cruzada moderna con Kurt, quien saltó de isla en isla para encontrarse con ella, para pegarme con una silla porque ella murió y yo solo como arroz.

Los mutantes liquidadores de Chernóbil se mueven entre la gente con la cara maquillada de payasos, y alteran el equipo para, como una pequeña explosión en los cimientos, hacer derrumbar un edificio e instaurar la cultura de los antigripales vitalicios en pos de las barras de uranio que están y estarán cubiertas junto a sus padres y amigos en el desierto ucraniano.

Recibí el garrotazo de la silla porque Kurt y su rodilla que le negó el profesionalismo así lo quisieron, y desde su antifaz de sombra y su pelada que medía con sus manos blancas como tratando de tomarla como una pelotita y golpearla al fairway y que se estrelle contra una de las torres gemelas y se derrumbe, así es la vida de quien busca sus propios atentados porque solo sacudido por las mayores vergüenzas se es capaz de ver que lo que nos rodea es parte de una payasada, maquillada y con nariz roja, que no necesita agujero para respirar porque respira por la boca.

Y me pegó con la silla y se acarició la pelada pero no le vi los ojos, solo las lágrimas por la muerte de Lucía. Y los terroristas del atentado siguen vivos, pero no Lucía. Ni yo.

Y nunca más la vi como era antes después de lo que no puedo contar.

Y mi padre tiró los palos al piso pensando en el contrato perdido por el tiro errado y yo no podía agacharme a buscarlos, y tampoco lo vi más a él.

Pero los flashes que aparecían delante de mí como explosiones concertadas se fueron aclarando y al esparcirse el humo los payasos aparecieron alterando el equipo, con guantes de látex, abriendo y alterando. Luego al otro día usando la más baja distracción para que la enfermera no se diera cuenta de lo que pasaba y el resultado es el que querían.

Y su ausencia que flotaba en la canela que ya no le ponía al arroz y en las toallas mojadas y en las marcas de los cuadros que alguna vez estuvieron colgados.

Las pruebas de la refutación se me mostraron irrefutables. Y el gordo Kurt me mostró el terror, que Lucía no me quiso mostrar, porque quería curarme de la apatía y me llevó a la anhedonia.

Sanado en la violencia lo vi irse arrastrando su pierna y con mi mano ensangrentada tranquilé la puerta para que no volviera. Entonces llegó la claridad.

Miércoles

9:22 AM

El sol se reflejaba en el acrílico de la incubadora, concentrándose luego en mi nuca. No me moví. Dejé que calentara la gasa que cubría la herida hasta derretir la sangre seca y sentir el olor. Eso fue lo que sintió. Estaba en mi escritorio con el documento abierto en la pantalla intentando continuar con el informe, pero me di cuenta que no tenía nada que poner. Más temprano, mientras Cassarino y el Dulce discutían si era mejor la marca en zona o al hombre, abrí el equipo, levanté la batería, pateé una pelota de papel que me había pasado Cassarino, traté de aislarme de las mordidas virulentas a una manzana que le daba El Francés, pensé en Lucía, antes y después, pensé en la enfermera, pensé en el bebé, pensé en los payasos, volví a colocar la batería, y el cable no se movió. Volví a mi escritorio, el sol ya no me daba en la nuca. Borré lo que tenía escrito y comencé a teclear.

Capítulo 3-Conclusiones

El equipo fue saboteado intencionalmente por la agrupación humorística de payasos mutantes terroristas, los cuales fueron contratados por el conglomerado multinacional Medicactive para realizar tales acciones y en consecuencia dañar la imagen de la empresa General Electric, a efectos de ganar posición en el mercado de equipos e instrumentos y así incluir en ellos el virus primigenio de la gripe mundial, quedando dependiente toda la humanidad de los medicamentos por ellos elaborados. No me cabe duda

que el señor Pérez-Recarte está al tanto de todo esto y de forma negligente permitió que falleciera el niño en favor de una alta suma de dinero. Agrego que el próximo invierno utilizaré bufanda, por lo que será más difícil que me contagie la enfermedad.

Me levanté y caminé alrededor del equipo. El árbol de navidad. Estábamos en navidad y esa noche jugábamos la final. Pensé en la enfermera, debía decirle de los payasos, de sus ídolos, contarle como ella también fue víctima de la conspiración.

Pensé en los payasos, pensé en la enfermera, pensé en el directorio, pensé en mí. Me volví a parar y ahora caminé en círculos rodeando a Cassarino y El Dulce que estaban en una imitación de Lambada mientras discutían quien debía marcar al nueve de los cirujanos. Miré la ventana, afuera el sol relumbraba en los últimos charcos que quedaban de la lluvia de hace dos noches. Apenas unos barrotes donde las palomas trataban de refrescarse del calor, sin embargo, detrás de la línea de edificios se veía el levantamiento de nuevas tormentas en formas de nubes oscuras. Los árboles de navidad sobresalían de las ventanas. Pensé en Lucía, antes y después, pensé en la enfermera, debía hablar y contarle. Me senté nuevamente. Me levanté y salí con la intención de ir a la sala donde estaba internada la enfermera.

Ochenta y dos semanas antes

Sus manos adentro de la estufa, calentándolas, con intención de quemarlas, la mirada fija en los movimientos de las últimas llamas que iluminaban las figuras de los santos colgados de la pared. Solo el perfil rectilíneo achatado de la figura casi celestial, mirada de pordiosera que regentea y pide limosna como bonos carbón del karma de otros. El frío del viento sur chocaba con la ventana que daba al mar, diseño defectuoso pensado para un verano que nunca aprovecharíamos. En la cocina la garrafa acostada ya sin la válvula, rendida ante el fracaso del agua en la caldera. Su bufanda posando en la parrilla de la estufa que largaba la grasa de un par de corvinas negras, acenizadas, exhalando aroma a pescado podrido. Miré la arena acumulada bajo la mesa redonda, distinguí las

huellas del cangrejo, en ese momento debía estar debajo de la cama. ¿Hablé alguna vez con ella? ¿Cómo era su voz? Las brasas apenas ardían debajo de la parrilla. Y ella con la cabeza casi dentro del fuego. Sentada en un banquito sin respaldo. El olor a pelo quemado y pescado podrido. Su columna curvada como la caña que se dobla ante la fuerza del pez, rompiendo la línea y generando la galleta imposible. Lo único perceptible del exterior oscuro eran los árboles moviéndose de lado a lado, cayendo y levantándose. Su pecho hinchándose y desinflándose. Me acerco por detrás y le toco el cuello. Se lo beso. Diamantes diminutos en el piso rayado de porcelana antigua y bendiciones papales por todas las paredes monoteístas. La vela, que lejos del romanticismo era la única fuente de luz, chorreaba las últimas gotas de cera sobre la pequeña llave inglesa de plástico. El pescado podrido y sucio por querer darlo vuelta sin saber que se deshacía y se cayó entre las barras de la parrilla, zambulléndose en el carbón que le dio el gusto amargo del fuego apagado. Afuera, en el muro negro, los perros ladraron a la ausencia de la luna, con la sospecha de todo lo que se mueve en las calles frías de un domingo invernal. Y la arena en el piso que se arrastraba rayando la cerámica. Y Lucía que quiere quemarse la cara para calentar los huesos débiles. Ella parecía querer saltar dentro de la estufa, yo, quitarme la ropa y morir de frío. Era más rápida la solución de ella. La lechuga en el tacho de basura. La vela que danzaba agotándose a cada segundo que pasábamos ella sentada y yo parado detrás con las manos en sus hombros, mientras los pedazos carbonizados de pescado se terminaban de cocinar casi sin leña, en la débil estufa que apenas ardía entre nosotros. No quería el perdón, nunca lo quise. Era esto lo que buscaba y lo que obtendría. Dicen que si se prende una estufa a leña en un cuarto, esto succiona la energía de otros cuartos para generar el calor, haciendo que en estos otros baje la temperatura. No sé si se ha comprobado. Pensé en eso, pero no se lo comenté. Detrás de ella, acariciándole los hombros aproveché a calentarme las manos con el calor de su cuerpo. La vela se iba consumiendo y haciendo danzar las piezas del Clue. Y por suerte era ella, pero no era ninguna otra. Por primera vez sentí frío en los pies. Un frío que atravesó la suela gastada de las chancletas y se instauró en el talón, desde donde se expandió hacia el

empeine y los dedos. Quería apoyar los pies en la estufa donde estaba ella y calentarme. El frío subió por los tobillos y las pantorrillas y llegó a los muslos y la cadera y no pude más. La rendición ante las medias y el quimono. Más samurái que nunca. El frío no se me iba así que comencé a hacer sentadillas generando un aire que casi apagó la vela, e hizo mover el pelo ondulado de Lucía, que tenía las manos por debajo de la parrilla, casi tocando las brasas. En ese momento no sabía que por su sangre nadaban las sabandijas. Con un poco más de calor circulando nuevamente luego de las sentadillas me serví un vaso de agua de la canilla. Abrí la heladera:

— No tenemos hielo.

Levantó la cabeza y me miró, sus ojos miel ya no me importaron. No los pude ver por la oscuridad y porque hacía tiempo que no la veía. No me importó que abriera la puerta y que apenas pudiera cerrarla luego debido al viento, que se fuera y que me dejara con la vela apagada y apenas unos pocas brasas encendidas. Me puse a lavar el vaso en la oscuridad y el maldito vaso astillado me cortó la membrana entre los dedos mayor y anular, sentí el ardor inmediato y la sensación de que un pedazo de vidrio se quedó entre los dedos. La oscuridad no me permitió ver la sangre, solo la sentí cálida, contrarrestando el agua helada que salía de la canilla. Sangre limpia. Por la ventana de la cocina vi al hombre con alas que me miraba y se abalanzó sobre la ventana. Di un salto hacia atrás pegándome la cabeza con el aéreo de la cocina y deseé no sangrar. Entonces me fui a acostar y me tapé lo más que pude y sentí la sangre que mojó la almohada. Traté de cerrar los ojos, debía estar bien, Lucía se fue en la tormenta. Estaría envuelta en su viscosidad, en la bonhomía que la hacía parar tormentas y levantar los árboles caídos. Todavía creo que en ese momento ella ya debía saber que su sangre estaba manchada, pero yo no, yo estuve pendiente de mi propia sangre que salió de entre los dedos y de algún lugar de la cabeza y de que la arena no se metiera por las heridas y en el torrente sanguíneo. Pero ella caminaría en la playa entre las serpientes y las algas que vinieron con la corriente y que ahora llegaban hasta la casa.

Su silueta uniforme de camperón se paró frente a la cama, mojada, fría, imposible distinguir el lunar en la mejilla entre las salpicaduras del barro. La

luz había vuelto. La miré, no sabía si ponerme contento o mostrarme duro, recio. Seguí inmóvil, acostado hecho bolita sobre mi derecha. La espera de lo que se debe decir. No hay que esperar nada. Ella tenía que hablar primero. Perdí.

—Hay un vaso roto. Tené cuidado.

Le dije. La radio reloj tintineaba en las doce y treinta y siete, el tiempo que había pasado desde que volvió la luz. No sabía la hora real. El rosario colgado sobre la cama se movía debido al viento filtrado por la ventana sin burletes. El pelo achatado le llegaba por debajo de los hombros. Se sentó en la cama. Yo traté de hacerme una bola más compacta, sin fisuras, perfecta.

—Puse el hielo en la heladera.

—Capaz que uso un poco para el chichón de la cabeza.

Me levanté y fui hasta el baño siguiendo en reversa las huellas de barro que trajo Lucía. Me miré en el espejo, tenía el pelo enmarañado, había perdido la gomita, en la zona del golpe estaba todo enredado y duro, con un tinte pelirrojo. Volví y seguía sentada, la vista fija en el sagrado corazón de Jesús pegado en la puerta del placar. Me contuve de decirle que estaba ensuciando y mojando toda la cama. Me volví a sentar al costado de ella. Me dejé atrapar por los ojos de Jesús. Me incliné y tomé un poco de la arena del piso. La levanté y la dejé caer de mi puño como una lluvia.

—Mañana nos quejamos con el que nos alquiló —Dije.

—Es que los altos siempre se golpean la cabeza.

Traté de armar una montañita de arena con los pies.

—Estás usando medias.

—Me dio frío, pero ya no. Te las devuelvo... están secas.

Me saqué las medias, les sacudí la arena y se las dejé al costado de sus botas. Palpé bien el piso, dejando que el frescor invadiera y me sacara el calor de los pies. Me paré y fui hasta la ventana, traté de ver hacia afuera por una de las rendijas de la cortina de enrollar. La luz de la calle estaba encendida y se veía la lluvia desplazarse de izquierda a derecha, las ramas caídas navegaron los charcos de la calle de balasto.

—¿Cómo se llamaba ese país entre Moldavia y Ucrania?

—Pridnestrovia.

—Sí... Pipitrova. Deberíamos ir ahí. Tomar un tren y pasar por los bosques, llegar a esas ciudades medievales. Ahí debe haber muchos monumentos y construcciones de la Unión Soviética. Antenas y otras cosas de sus experimentos. Capaz que podemos ir en bici. Llegar al Asia Central, Kazajistán. En Astaná los edificios son de oro. Después perdernos en la estepa de Mongolia, o en la Siberia hasta que nos encuentre algún grupo de nómades.

Me di vuelta y Lucía se había acostado, sin taparse, mojando y ensuciando la cama con el camperón y las botas. Estaba dormida. Caminé hacia la cocina y miré por la ventana. Lo que me pareció una persona con alas que se abalanzó sobre la casa eran en realidad las ramas de un paraíso que se movían.

9:11 PM

El sonido no se proyecta ni a través del vacío, ni cuando el medio está saturado. No somos tan diferentes, nada ni nadie. Partimos de la misma cantidad de energía que estuvo contenida en menos volumen que una cáscara de nuez. Sin tiempo ni espacio. Todos fuimos creados por la misma energía solar que genera la fotosíntesis. Sin embargo, la enfermera no era Lucía. El silencio vergonzante dirigió la mirada hacia el suelo y obstruyó la mente con preguntas que nunca haría. Todo se desinfló generando el vacío que en lugar de unirnos nos separó y solo pude pensar en el suicidio. Cuando la miré a los ojos, ella no lo hizo. No me creyó cuando le conté de los payasos, de la conspiración. De que no éramos culpables sino víctimas, juntos, lo mismo, compartíamos la defensa y la acusación. Compartíamos, eso quería hacerle creer para establecer el punto de partida de nuestra aventura. Pero no me creyó. Y entendí que nunca sintió culpa de lo que pasó, sino que juzgó que era parte de un dogma mayor de falsas escrituras reencarnadas. Recordé el silencio, la vergüenza, el suicidio mientras me cambié, acomodando las medias y alisando la camiseta. Mientras iba a la cancha, mientras calentaba antes del partido y mientras deambulaba en la cancha. Sumado en el cruce de diagonales de una muerte como

oportunidad, del encumbrado embajador de la conspiración mutante, del aniversario estelar mentido...

—...

(No te puedo escuchar.)

—...

(¿Dónde estoy?)

— ¡Se te va, se te va! —Me gritó El Dulce.

La bomba sónica estalló y aturdió como una cortina metálica golpeada con un garrote. Uno de los cirujanos corría por la derecha metiéndose por mi espalda mientras el golero preveía con la mirada el pase largo. Retrocedí corriendo de espaldas, el golero sacó alto, la pelota rozó los timbales de zinc y cayó en picada. No llegué a cubrir al delantero, salté para cabecear pero la pelota me pasó a unos veinte centímetros, apenas sentí el viento. Desde mi posición pude ver al arquero de los cirujanos levantar los brazos. Los vi festejando, en sus orgías necrológicas mientras mis padres me acompañaban al campamento de golf. Las cenas de mantel verde y el agua tamaño familiar. Ninguno de los del campamento comía ahí.

La lluvia que de forma repetida se apareció en mis hundimientos deportivos, aunque ahora no me mojó. La marca roja en la pierna del pelotazo bloqueado. La tristeza no comprendida en la imagen de la milanese insulsa, salada. Mostrando la falta de argumentación para la delicada tarea de la retórica. Proyección que no tenía, eje perpendicular que proyecta una recta en el plano, perdiendo una dimensión entera. Porque eso es la proyección, la pérdida dimensional. Y todos somos sombras en otros, nos perciben solo como lo que compartimos, lo que nosotros tenemos de ellos. Y yo soy perpendicular a todos, ya que siempre me percibieron como una recta. La enfermera no es la excepción, tampoco lo fue Lucía. Y se trata de eso, comparto espacios que nos son paralelos a los de nadie, o nunca lo conoceremos. Quizás solo con ella, pero nunca lo sabré porque no la conocí antes de que pasara aquello que no me atrevo a contar.

E intenté, intenté con desgracia un tiro desde lejos, pero la pelota salió lenta hacia la esquina del córner, y sentí que no hay mayor señal de debilidad que patear mal una pelota. ¿Pero para qué ser valiente? Para

escuchar un sonido tembloroso fuera de la casa, en la noche, durmiendo, para salir con un palo de golf en busca de ahuyentar al chorro, para darte cuenta que el invasor entró a la casa por la puerta que quedó abierta y que ahora está en tu cuarto, y lo ves por la ventana, vos afuera y el adentro, parado al costado de la cama de tu hermana, mirándola mientras duerme.

Vi la agitación de los compañeros que gritaron, pero no los escuché y las miradas de negación que querían darme, pero la negación ya está absorbida porque nadie que vaya al campamento con sus padres puede ganar. Porque el putt fue errado en la lluvia, pero los silencios eran opuestos, perpendiculares, de forma que dos situaciones pueden ser iguales, pero perpendiculares, y depende del espacio donde se proyectan ver la influencia de cada una. Por ser el tercer año no iba a ser diferente. Siempre ellos, los cirujanos. Y si somos paralelos no nos vamos a cruzar.

Los cirujanos no festejan navidad. Por eso queríamos ganarles. Y en su toque percentil de bailarines, sincronismo en los movimientos incisivos, rápidos, no fui capaz de seguirlos con la mirada, y en su búsqueda mortal del punto de mayor sangrado encontraron en el hueco entre mis piernas palillezcas el eje de su divertimento, tres veces en la misma jugada la pelota rozó la parte interna de mis pantalones, y yo quedé con el pie trancado, los minúsculos tapones de goma que parecieron sembrar raíces en el estatismo inepto de mis rodillas mientras hacía foco en la cortina de agua pero miré más allá, miré escondido desde la esquina de nuestra casa la puerta de entrada, abajo del árbol sin hojas con la lluvia entrándome por el cuello de la campera, mojado como si estuviera desnudo, pero firme en tarea de espionaje, esperando verla llegar con otro y entrar abrazados. Pero la espera se convirtió en obsesión y luego en deseo, paseando una y otra vez frente a su trabajo, y al final en esperanza, esperanza y expectativa en cada esquina a la que llegaba de cruzarme en nuestros caminos perpendiculares con su proyección más la del otro. Emoción al revisar su celular en busca de la pista que me convenza de su engaño para poder sentirme desgraciado y en esa desgracia y tristeza encontrar el motivo de vivir.

Vi en sus miradas el verdadero deseo, forjado durante años de desgarrar entrañas para lograr la mueca aprobatoria del grado cinco, la selección

natural de la frialdad feroz mostrada cuando salían del fondo llevando la pelota con toquecitos sutiles de la parte externa del pie, los brazos arrollados y la mirada alta en el gesto de delicadeza asesina, con el pivot que esperaba recibir la pelota de espaldas, mientras yo agazapado debía anticiparme, como tantas veces, pero no pude. Recibió y giró usando mi cuerpo como apoyo, sentí todo el peso y fuerza que me ejerció con su hombro y el codo que se punzó en mi estómago. Exhalé el aire con un grito sordo. Me incliné pronto para vomitar y vi por entre mis piernas el intento fallido de Cassarino de cortar el centro de la muerte luego de una pared perfecta. Los cirujanos volvían sin festejar, apenas se felicitaron entre ellos con un movimiento de cabeza. No son amigos, solo están acostumbrados a ganar.

La película muda siguió mascullándome de ruido blanco, ruido de incendio que avanza por el bosque, el calor de las chapas me hacía arder los pies y extrañar mis chancletas. Quizás al fin encontré mi incubadora, la que tanto busqué, y debía valorar que estaba rodeado de personas que supieran dónde hacer el menor tajo capaz de desangrarte hasta la muerte en pocos segundos. Nublado en los sentidos, insensible a los movimientos en la cancha, asado por dentro, imaginé al costado, en los tabloncitos que ejercían de tribuna, a los payasos, a la enfermera, a Kurt. Imaginé a Lucía mirando por sobre mi hombro, testigo de mi presencia, ahora sí entendiéndome, desde su lugar del todo las proyecciones son completas, yo soy ella y ella soy yo, porque los paralelos se unen en el infinito. Y en el flash del relámpago la vi, se mostró al iluminar todo el cielo ennubecido, y el trueno que cayó como artillería superó el sonido de la lluvia y fue como si lo succionara, generando el otro tipo de silencio, provocando el vacío y llevándose incluso mis pensamientos. Entonces quedé solo, y todo comenzó a moverse más lento.

9:55 PM

Los empatamos, de atrás, en el borbollón, en los empujones, en los córners tirados al bulto y en los rebotes, en la involución estilista, en el rose. Empatamos y estábamos cerca de ganar. Faltaba poco. En sus caras

estaba la frustración de la teoría denostada, del racionalismo tapado y el empirismo oculto. No era tan sobrenatural como extraterrestre. Encontraron en mi cuerpo el bloqueo a sus hipótesis. Me movía con certeza de lo que iba a pasar y tapaba, absorbía los pelotazos con maquinal destreza convertido en muralla. Las contras rápidas de piernas livianas basadas en el engaño del pase que no es, la inducción del cuerpo a mostrar un lenguaje mentiroso en el dos contra uno. Pero la verdad estaba en el carraspeo. Era más rápido y más ágil que ellos. Anticipé el tiro, pero el rebote quedó picando y le pegaron de volea, no la vi. La pelota golpeó mi ojo izquierdo, de lleno la sentí entrando por el hueco e impactando en el globo ocular. Estaban frustrados por el empate, les íbamos a ganar. El tiro no correspondió con la dulzura que los caracterizaba, la lluvia les jugaba en contra. Debía pisarle las manos, era lo que más cuidaban ellos. Vi borroso, temí no volver a ver más, entrar en la etapa degenerativa de perder la visión gradualmente. Me arrastré hacia fuera de la cancha con los ojos cerrados. Quedé sentado en el borde, sin vista ni oído. En la adaptación a la ceguera está la evolución, ¿por qué vemos lo que vemos? ¿Cómo se llega a un tejido como el de la retina partiendo desde el caldo primitivo? Me animé a abrir el ojo sano y entendí que no habían parado el partido. Los cirujanos siguieron la jugada y festejaban el gol con rabia, genético puro. Alguien me levantó del brazo y lo seguí, no podía ver su rostro, pero lo seguí, supe quién era. Salí de la cancha y me dio una botella de agua para que me moje la cara.

—No pude convencer a la enfermera —le dije.

—Lo verás —me gritó a oído y la voz granular fue como si me hablara la lluvia.

Le agradecí, pero supongo que no me oyó. Lo sentí irse corriendo en las vibraciones del piso. Con el agua la vista se aclaró un poco. Todavía un poco mareado el hervidero giraba en mí, eran solo empujones y amenazas que no se oían. Cuando uno de los cirujanos tiró el primer golpe supe que les habíamos ganado, les destrozamos el alma. Quería humillarlos. Corrí contra la madeja y salté sobre ellos. Tiré piñas desordenadas que no llegaron a ningún lado y esquivé otras que me tiraron. No era la forma. Estaban fuera de sí. Sabía que si dejaba que me pegaran se iban a lastimar

las manos, solo debía dirigir la frente hacia sus puños para que les doliera más. Debía mantenerme en pie para que todos pasaran a pegarme y destrozarse los huesos metacarpianos, destruirles la carrera, morderle los nervios y que queden inútiles, con los dedos mochos, incapaces de tomar un bisturí. Me golpearon y yo resistí pensando en todos sus huesos fracturados. Y mientras Cassarino, El Dulce y El Francés, sus siluetas, lanzaban golpes, yo los recibía y me reía a carcajadas, pero no escupí sangre, porque solo recibí los golpes en el cráneo, y ellos mismos sabían que es el hueso más duro. Porque el hombre viene de las peleas, y en la evolución los huesos se hacen más resistentes sabiendo que están hechos para eso. Y cuando en mi risa de boca abierta un puño encontraba mis dientes que le serruchaban la piel, dejando restos de tejidos y pelos en el espacio interdental, el sabor del pellejo y del vello corporal era delicioso.

Jueves

10:34 AM

Me desperté y no vi nada. Estiré la mano para tocar la incubadora, sentirla nuevamente, buscando el ancla en el que sostenerme para hundirme. Escuché los sonidos violáceos del sol resplandeciente, no pude tocar nada. Evité prender la luz y simplemente sintiéndolo con el instinto rodeé el monolito en mi odisea hacia la ventana. El piso pegajoso y el sonido de las latas rodando, recuerdos del alcohol seco. Toqué la cortina primero y mi mano se estremeció en el calor que irradiaba. Debía encontrar la respuesta al equipo. Se terminaba el tiempo. No podía dar el honor de la equiparación de un asesinato con un tornillo. Muchas teorías, solo una debía escribir. Tomarme un café, sentarme en mi escritorio y teclear un par de oraciones contundentes. Corrí las gruesas cortinas y el amarillo me hizo erizar los pelos del brazo, el calor se posó en mis hombros. En el lugar donde estaba la incubadora el Francés apareció tendido en posición fetal, con una botella de vodka como su tesoro. El resto ya no estaba. Me acerqué y lo pateé en la espalda.

—Che, Frenchi, ¿qué pasó con la incubadora?

No llegó a abrir los ojos.

—Somos campeones.

Lo dejé en sus sueños realistas, encendí la computadora y sentado en mi escritorio quedé paralizado, el símbolo de Windows giraba y cambiaba de color, con el fondo azul de la paz y cálidos amarillos verdes y rojos, en

un movimiento hipnótico, abstrayente. No había nada más allá de eso y hasta me sentí bien. El único sonido que se escuchaba era el sincronismo entre la respiración del Francés y el disco duro girando. Quise abrir el archivo de texto con lo escrito del informe, pero no lo encontré, o lo borré sin querer, o lo habían borrado. Me paré y comencé a caminar, en un gesto inconsciente tomé la botella de vodka para tirarla al tacho de basura. Noté que en el interior había un papel. Giré la botella contra la luz, a las 10:41 leí el mensaje: “10:30 reunión en la oficina de Pérez-Recarte.”

El Tiburón en su pecera. ¿Estábamos orbitando a su alrededor? ¿O era simplemente el calor y la resaca que me hacía girar? El sol entraba fuerte pero sereno, parejo, como aquella vez en la facultad en que dejé la huella que menos quería. Su cabeza ovalada, calva ojeaba unos papeles sentado en su escritorio mientras su secretaria ofrecía de cometa, trayendo y llevando, hablándole al oído. Sentí el peso de la historia, de mi historia, regresar al fondo. A mi costado, también sentada en el piso como yo, la enfermera practicaba su mantra, ella sí tratando de extender su trascendencia momentánea y volar un poco más, pero yo ya estaba acostado en mi cama de vergüenzas puntiagudas. Vivo para no dejar rastro, y fallé cuando más debía. Las dos sillas de la oficina, donde pudimos estar nosotros, estaban en un costado, contra la pared. En ellas estaban, como testigos, para su regocijo, Maderna y el jefe de la enfermera, cuyo tembladero ponía a prueba la estructura de plástico. Tomó un sorbo del whisky pronto para aclarar su voz, se retocó el bigote y me miró. Luego miró a la enfermera que seguía con los ojos cerrados, la musculosa blanca apenas se diferenciaba de la piel débil. El bretel corría fino sobre su hombro, tan fino como la línea que separa la publicidad de la pornografía. El Tiburón volvió a mirarme. Sonrió.

—Así que te dicen Samurái, ¿por qué es eso? ¿Por lo pajero?

Los ojos marrones, con la pupila más chica que había visto en mi vida, apuntaron tratando de meterse entre cualquier capa para llegar a donde más me doliera. Luego tomó el vaso y le tiró el whisky a la enfermera.

—¿Y esta otra puta que mierda hace? ¡Despertala!

La toqué en el hombro desnudo con dos dedos, el pulgar y el índice, pero no abrió los ojos. Maderna parecía asustado, pero no sorprendido, ya lo

sabía. El jefe de la enfermera se había parado y se movía como un inflable en una venta de autos usados.

—¡Son una manga de idiotas! No viste si la batería quedó bien, si quedó apretando el cable, ¿cómo se puede ser tan pajero? Era lo más simple. Pero el idiota estaba llorando la muerte de su novia... si, si, ¿qué me mirás con esa cara? ¿Te crees que no lo sé? Se te murió una novia... ¡hace más de un año! Enfermito, ¡reacciona!

No lo podía controlar, la secuencia era como un castillo de naipes que empieza a caer y no queda ni una sola carta en pie, sigue cayendo la mesa y luego el techo. Comencé a sentir la excitación. Una sensación en la verga, tocarme para sentirla dura, frotarla un poco sobre el pantalón, meter la mano por debajo del calzoncillo, desprenderme, sacármela afuera y tomarla, frotarla.

—Y la otra pelotuda, nunca se le ocurrió ver si estaban bien los datos, y además ¡treinta minutos sin atender la sala!... ¡treinta! Se quedó bailando... Se quedó... bailando —su voz se fue apagando, miró a Maderna.— ¿Podrás creer? Otra más en shock... se juntaron el culo y el calzoncillo cagado.

La excitación me transportó como siempre, la pesadilla que me persigue en mi baldosas sexuales, el momento en la facultad donde me separé de los intelectos. Solo quería terminar, acabar y seguir estudiando como diez minutos antes sin que nada hubiera pasado. Ya no importaba el video, solo el movimiento y eso me daba bronca, no podía frenar aún sin estar excitado. Debía irme, desaparecer. El escape debía ser fácil, borrar el historial y los temporales, cerrar sesión, y esperar que nadie viniera. Pero alguien abrió la puerta, no llegué a verlo, solo atiné a incorporarme lo más rápido posible. Abrió la puerta y la cerró, se fue. Un instante. Frente a mí, en la sala de comportamiento ético de la facultad eran dos, pero solo me habló uno:

—Hubo un testigo que lo acusó, en base a eso revisamos el tráfico en los servidores y encontramos transferencias desde una página de contenido para adultos a la máquina donde estaba logueado. Iniciamos un sumario. Posiblemente se le suspenda la calidad de estudiante por dos años... mínimo.

El tiburón se paró de su silla y comenzó a bucear en la torre de papeles que tenía enfrente.

—¿Saben que es esto que tengo acá? —Tomó un papel de su escritorio, lo hizo bola y se lo tiró a la cabeza de la enfermera con un movimiento de básquetbol, la pelota cayó por detrás, rozándole el pelo. No se movió.

—Eso es el acta de defunción de la madre del bebé.

Sentí los músculos de la enfermera tensarse, no pudo aguantar la pose.

—Murió sin otra causa que la angustia de su bebé muerto. Posiblemente después de saber que un par de idiotas no fueron capaces de hacer su trabajo de mierda... Y que bastante bien se les paga.

Me paré y di dos pasos hacia atrás.

—¡Ni se te ocurra...! —Tomó otro papel, lo volvió a arrollar y se lo tiró nuevamente a la enfermera, esta vez con la violencia de un lanzador de baseball, la pelota dio en la frente y rebotó hacia las manos de Maderna, que la agarró y se la llevó a la boca, como tratando de comérsela. La enfermera siguió en su pose.

—Nada che, ¿qué esperar de un monstruo como este? Eso que te tiré es tu registro médico de hace siete años, cuenta los tres abortos que te hiciste en un período de catorce meses... Lo único que me da un poco de paz es que anoche los payasos pasaron a visitarla, y si no pudieron levantarle el ánimo nadie hubiera podido... Ojalá haya más como ellos.

Las lágrimas caían de la cara de la enfermera, aunque no abrió los ojos ni se movió. Pérez-Recarte levantó el portarretratos de su escritorio, lo miró, lo dio vuelta y lo volvió a apoyar.

En el portarretratos estaban sobre un camello, con la pirámide de Keops detrás, Pérez-Recarte, su hijo, que reconocí de la facultad, era de mi misma generación, y una muchacha que sería la novia del hijo.

El tiburón levantó una carpeta, tenía carátula azul, me la mostró.

—La reconocés, ¿no? — La tiró suavemente para que cayera en la falda de la enfermera.— Es el sumario que te hicieron por pajearte en la facultad.

Caminé hacia la enfermera y lo tomé, traté de no tocarla.

—Pero... —Su voz se calmó de repente. Usando las más bajas tácticas de venta pasó del miedo a las ofertas.

—Miren... los errores que cometieron... no pensemos más en eso. Mal o bien fueron accidentes.

Tomó el último fajo de papeles que le trajo la secretaria.

—Estas son sus declaraciones, revisadas por nuestros abogados. La General Electric podrá absorber la culpa, es una empresa grande.

Sobornados para ampararnos. Debíamos firmar la renuncia de todo error para pasarle la culpa a la multinacional. Ese era el trato que él quería. La hipocresía de tratar de verlos como héroes, como si nos estuvieran salvando, borrar la historia y sentirme fuera del alcance, mi historia. Debíamos dar el paso al costado como si no hubiéramos existido. Todas las huellas borradas.

Y en un mundo así doctor, en un mundo así donde el alma se oculta cada vez más, ¿por qué iría yo a sentir culpa de un hecho accidental? ¿Por qué volvería sobre mis pasos? Pisaría donde ya hay barro hundiéndome hasta los tobillos y dejando que los gusanos se metan entre los dedos y jueguen con mis uñas y me saquen las cáscaras de las lastimaduras del pie. No voy a ser yo quien aumente la distancia entre el sol y la tierra, porque el frío invernal permanente que usted pronostica congela mi alma en el freezer de la discordia. Esa distancia le corresponde aumentarla a usted, que glorifica a los payasos mafiosos y miente para obtener un poco de aprobación y respeto por lo que hace. Que bien sabemos que es una farsa para engañar a la gente que busca el confort como medio hacia la felicidad y el progreso. Doctor, váyase a la mierda y déjeme seguir el camino de la iluminación que se muestra a través de la culpa en las revistas universales que están ocultas en los quioscos en cada esquina y que lo tapa el dinero de los payasos. ¿Por qué voy a salvarme si ya sé que estoy muerto? Que estuve muerto desde aquel día, y que el único que no murió fue el bebé que murió antes de que abriera los ojos, y que al evitar ver la mierda que nos rodea se mantuvo puro y sano y suerte que él encontró en mi ineptitud esta corta vida de mierda, y pudo evitar a su madre que también murió por lo que hicieron y lo que no le dejaron hacer. Que me juzguen como un héroe, que así será juzgado por los grandes maestros espirituales que reconocen que quien vive muere por dentro al momento de ver una

moneda o un vestido. Y usted no me da miedo ni le debo nada, así que no dejaré de inculparme a mí mismo para salvar su trama payasesca...

Desperté cuando la puerta del ascensor se abrió en la planta baja. Traté de no mirar a la enfermera.

12:27 PM

La enfermera me pidió que la siguiera, no me dijo porqué. Bajamos por las escaleras más oscuras del hospital, dónde por diseño no entraba luz natural, hasta que las colillas de los cigarros parecieron fósiles de gusanos incrustados en los escalones y el peso de todo el edificio se hacía sentir en el aire. Traspasamos la puerta juntos, de la mano. En la habitación nos estaba esperando él. Su cuerpo amorfo era como el de un dios de los hombres tristes.

Sonrió. La habitación estaba iluminada con focos de halógeno muy fuertes, y esto solo contrastó más la blancura de la piel con lo negro de la sombra en sus ojos.

La enfermera me soltó y fue a sentarse a los pies de la camilla ensangrentada dónde Kurt estaba recostado. Con una mano leía un libro que me pareció no tener letras, y con la otra jugaba con una rata. Habló en tono desafiante mirando los ángeles posados en las nubes. El eco de sus palabras mataban el acento, en su huequidad parecieron mezclarse con las oraciones y súplicas encerradas desde previo a la laicidad obsesiva. Se escucharon, pero más bien se sentían en la piel.

La enfermera primero pareció indiferente, confiada, como si ya hubiera escuchado todo lo necesario. Luego se acercó a acariciarle los pies.

La dieta antropófaga ahora mutada en la rata que Kurt mantenía sobre la camilla e imploraba por su vida, hábitos adquiridos en las tribus paleolíticas del África meridional.

Todos somos controlados. Incluso él escapaba de forma permanente de los liquidadores y sus medallas con la gota de sangre que es atravesada por los rayos alfa, beta y gamma.

El olor a podredumbre, a sangre seca invadía todo, expedida por las camillas y herramientas oxidadas. Kurt siguió hablando mientras la enfermera se me acercó y trató de acariciarme el pelo, pero tuvo que sacar la mano porque estaba muy enredado.

Las agujas reusables de hace veinte años apuntaban hacia arriba, hacia los ángeles de ojos celestes, mostrándoles lo que les esperaba si se caían del cielo. Las ratas se movían por debajo.

Espíritus testigos de sus propias autopsias humedeciendo las paredes. Ningún libro tenía a letras para mí, tampoco el que leía Kurt.

Como un conjuro de magia negra, se acercó al centro de la habitación, donde estaba la alcantarilla para que desaguara la sangre. Sacó la tapa y pareció entrar el sonido débil de villancicos navideños.

Se inclinó sobre la alcantarilla y era como una rata, pero la rata soy yo. Debía comenzar a roer las fibras ópticas de la sociedad que están enchufadas a la creencia iglesiástica de las enfermedades políticas.

El canto de Kurt, que pareció no abrir la boca y que el eco convirtió en azul sus palabras, me penetró como una misión imposible que se convertiría en la venganza, en la revolución contra las instituciones señaladas mediante el dedo del divino pontífice que mantiene lo establecido.

Yo también supe inclinarme en el pasto, desesperado traté de enterrar mis lágrimas debajo de la cancha y descubrí que ahí se esconden los gusanos que hacen posible todo. Tomé uno, blanco y gordo, y la tentación fue más grande que yo. Me comí el gusano, y a partir de ahí entré en comunión con las canchas y me volví el mejor de todos en la academia. Todos los que no comían gusanos se volvieron en mi contra.

Era hora de roer la fibra, y que Kurt, que vivió con los caníbales, me enseñara que las entrañas de los humanos no son el problema, el problema es la certeza.

Entré en comunión y fue la iniciación en mi espiritualidad. El drive que tanto me esquivaba, después del pacto con las canchas, solo debía ver donde estaban los gusanos, donde se escondían los bichitos bolita, y comerme un par, con un poco de tierra mejor y algunos pastos también.

Eso hice durante mi estancia en la academia y así pude ser el mejor, hasta el campeonato por el contrato profesional.

Pero los payasos estaban atrás de nosotros, y nosotros pasaríamos a estar atrás de ellos, y los cazaríamos como si fueran palomas, ellos volando y nosotros desde la tierra.

Entonces cuando Kurt sacó lo que sacó de la alcantarilla ya entendí aquello que me iba a proponer. Pertenecer a la estirpe de salvadores, iniciar la revolución caníbal.

Y por supuesto que nadie me hablaba y era el sucio hambriento que se comía los bichos, pero era así y solo así que yo podía ser mejor que ellos, en comunión con lo rastrero y el aire.

Y la enfermera cantó que todos debíamos unirnos contra los payasos y Medicactive, ¿y qué si había que comer mierda? si ya comemos caca en cada pan y en cada plato de arroz o de carne. Seríamos más que un califato, más que iglesias, seríamos la religión perfecta, la que abre el alma y la libera, la que nos hace vivir fuera de nuestros cuerpos. Encima de esas camillas rojizas, en esa morgue, viven los valientes que murieron y deambulan por las noches encerrados en sus culpas, pero Kurt sabe cómo liberarlos, lo aprendió en el África con los indígenas paleolíticos que no se estresan con la comida ni con los deportes, que no tienen dios.

Él debió escapar cuando los liquidadores lo encontraron comiendo el hígado del explorador inglés, señuelo de los payasos, que llevaba el localizador.

Bajo los focos de halógenos, con los ángeles y las almas como testigos, firmamos el pacto subterráneo.

A dios no se le pueden ver los ojos porque él está mirando todo.

En sus ojos y su sonrisa estaba dispuesta a todo, quería seguir al maestro que la introdujo en la mentira mundial y le enseñó que solo en la lucha existe el más allá, que el espíritu, el todo, la conciencia, nada de eso sirve de si todo está tapado dentro de una olla primogénita que atasca el ADN del universo e impide que se pueda seguir evolucionando. La gran barrera está cerca.

Dios está en otra galaxia, eso dijo Kurt, se fue de esta y nos dejó con los payasos.

Y cuando metió medio cuerpo dentro de la alcantarilla, y solo le veía la raya del culo, y cuando sacó lo que sacó, supe lo que tenía que hacer para unirme nuevamente con el todo, con el cosmos, y que las estrellas se alinearan para mí. Debía matar y comer.

En algún momento Kurt explicó detalladamente el plan.

Ya lo había hecho, ya había firmado alianzas y me habían humillado poniéndome gusanos y arañas en la botella del agua o dentro de la ropa. Pero eso no me detuvo para ganarles, siempre y cuando firmara mi rito de unidad con el verde. O con el rojo del infierno. Lucía lo hubiera hecho, condenarse al infierno no para salvarse a ella pero para salvar la humanidad, para salvarme a mí.

Yo estuve parado en su tumba, pero no me animé a arrodillarme y tomar un gusano, el gusano que contenía su pureza.

Lucía era la guía, no pudo con las religiones que la enterraron y volvió al espacio donde todo es magnificado y quizás con su luz ilumine el polvo subterráneo y llegue al centro de la lava, para con el calor central pueda volver en la forma de volcán.

Pero yo solo podía dar el paso que no di antes, en su tumba, cuando no me agaché a comer los gusanos, y antes, cuando lo hice, pero debí partirles un palo en las cabezas limpias y engeladas de los que se reían de mis creencias.

Y perdí como siempre, sin título ni contrato, sin guía, solo errores, pero siempre hay tiempo me dijo Kurt.

Mientras la enfermera acercó su cara y el aliento de ella me daba cosquillas en la nuca me susurró que ella siempre enfrentó sus miedos, aguantó y evitó tener un hijo, prefirió que la siguieran violando, y que aunque se enfrenten los miedos, si no hay motivos siempre se pierde, y logró salir, pero perdió.

Me tomó la mano y acercó su cara a mi cara. Me dijo que juntos podían parar todo. Kurt, que aprendió a cocinar ratas, sabe que los hombres se comen crudos.

Que los payasos son mutantes Lucía se lo había dicho a él, no a mí porque no iba a entender que las palomas que chocaron contra la ventana en su muerte eran los mismos cuervos que revolotean su tumba y fueron

los mismos aviones que derribaron las torres, porque la lucha es en los cielos y por eso la enterraron.

Puedo volar, volver, todavía no está perdido, cambiar las decisiones, regresar a la inocencia y actuar bien. Los paleolíticos no toman malas decisiones.

Y los cabecita limpia que se reían desde atrás de los arbustos, ganaron porque yo no pude.

Los payasos debían morir, así iniciaríamos la guerra con los liquidadores, guerra sucia que nos acompañaría por todo el mundo, como hizo Kurt desde siempre, desde que vio las bombas en el subsuelo de la torre sur del World Trade Center.

Nos moveríamos por alcantarillas y comeríamos gusanos para unirnos al cielo y al infierno, a la tierra. Nos conocerán como las ratas. Todos los imperios caen. Yo sería reconocido, adorado, corregiría todo mi pasado. Parecería que todo lo hice para este momento.

La enfermera me susurró que se escondió, que corrió y salió, pero no sirvió de nada. Que se puede cambiar el destino, pero no se puede escapar del pasado. El infierno es donde uno está.

Kurt se irguió y su mano ensangrentada y embarrada traía la carta. Me la alcanzó para que la leyera. Era de Lucía para él, decía que la estaban envenenando, que la estaban siguiendo, los veía por todas partes. Quería dejar las investigaciones, los payasos la mataron.

Entonces Kurt fue hacia una de las paredes llena de puertas, abrió un gabinete y salió una camilla con un cuerpo, vi a Lucía, pero no era ella, era la madre del bebé, pero era Lucía, y el bebé y la enfermera y los payasos, y yo, era todo.

Abrió el tórax por la incisión que todavía estaba fresca y dentro estaba todo derruido. Metió la misma mano con la que me dio la carta y le arrancó los intestinos engusanados. Lo mordió desprendiendo un gran pedazo, luego se lo dio a la enfermera que también lo mordió. Yo no dudé en sentir el gomoso tejido en mi paladar.

El ataque sería mañana, pero esa noche ya teníamos tareas.

Ciento diez semanas antes

Nunca te lo dije, pero siempre viví como si alguien me estuviera observando, un vigilante que es quien me juzgará llegada la hora, el único capaz de conocerme de verdad y que me daría la salvación. Para él actuaba, para él era solemne en la invisibilidad, en la soledad me imposté para que este ser divino viera mi nobleza. Pero cuando estuve sentado en el banco de la estación de trenes, el día que me conociste, sentía que todos los ojos se posaron en mí un instante, una micronésima de segundo en que encontré miradas con todos lo que asomaban por la ventanilla, sin embargo, ellos no me conocían, ni yo tampoco. Es imposible leer el alma de esas personas que como caballos de un carrusel se mueven quietos, para ellos actúo displicente, decorativo, rostros idénticos que se atraviesan encasillados por las pequeñas ventanas, soñándose en los grandes estrados diciendo sus verdades.

Me bajé del tren en que viajaba al sentir la humedad en la espalda, no conocía esa estación, las estructuras de hierro que sostenían el techo la hacían parecer una iglesia de metal. Me senté para ocultar la camisa y el pantalón sucios, quise darme unos minutos para pensar qué iba a hacer. Traté de buscar inspiración en la carrera del caramelero que se cambiaba de un tren al siguiente, con la camisa gastada pero limpia y el pelo con motas mojadas, ignorado en el esfuerzo equipotencial que realiza en cada canto lineal, entonando una y otra vez el mismo verso cuyas palabras ya perdieron el significado para él. No hay caramelos otros que la secuencia de sonidos vacíos. Salvar el día, nada más. No existe la felicidad, eso era lo que me daba esperanzas.

El olor saliendo de mi mochila se mezclaba con el de fritura de las casas de comida rápida que preparan el almuerzo de los obreros que vendrán hambrientos, guiados por la ausencia de ambición más que para satisfacerse en tiempo real. Y en lo infinitesimal de la vida, lo atómico que somos en el universo, nunca me dijeron que el sacrificio era el único camino, que el tedio, la tentación del descanso son las debilidades y que el flagelo de la muerte es el la salvación. Y en las filas hacia el río de los rieles, en los racimos de personas que se agrupan pero que actúan como si estuvieran rodeados de rocas inertes, perdoname, pero solo detenía mis

ojos en las colas de las mujeres, ciego a lo que me rodeaba, al mundo de los recoge basura que comen lo que otros desechan, contentos con no pertenecer a esta sociedad, outsiders monstruosos, vestidos fuera de temporada por la solidaridad de la moda.

Seguí sentado en el banco, incapaz de elaborar una solución, atacado por deja-vus que se reflejaron en la basura rodeándome y que, ante el paso de los trenes, levantaban las bolsas arremolinadas que caían en mis pies, llevando la verdad del universo que siempre se mueve concéntricamente. Y en el mundo de los camaleones, moviéndome entre lo bajo, yo solo quería desaparecer, ser indistinguible, evitar sobresalir, porque siempre que sobresalí fue vergonzante, y sin esfuerzo no hay nada. Lo sabía, y por eso estaba sentado en ese banco en lugar de dar el examen. Autosabotaje, terror al vacío de terminar.

Apoyé la mochila en el banco, húmeda, como ensangrentada. La abrí para sentir el olor a pollo. Dentro vi arruinados los apuntes de varios años, las páginas ahora inservibles de libros que debía devolver a la biblioteca y que ni siquiera había leído. El recipiente del almuerzo abierto y el arroz con el tuco líquido, aceitoso, desparramado por todo el interior de la mochila. Metí la mano dentro, sentí los granos, el pollo, los pedazos de cebolla y morrón. No sabía qué hacer. Cada tren que pasaba, cada rostro dormido que me miraba era una chance más que perdía para llegar a tiempo.

Sentí la humedad en mis calzoncillos, miré hacia abajo desanimado y solo vi los zapatos, botas, sandalias, moviéndose de un lado al otro hasta que tus pies forrados de amarillos se pararon enfrente mío.

—Disculpe... ¿quiere que le dé las medias? —me dijiste.

Levanté la vista, apenas pude mantener los ojos abiertos a contra luz debido al insomnio que sufría desde hacía varias noches. Tu cara me pareció tan joven, solo cuando acomodé la vista lo que estaba delante se aclaró hasta distinguir algunos rasgos. Tus labios estaban pálidos y resecos y tenías la cara lavada por las lágrimas, pero aun así te reconocí. También te habías reído, como todos, de la broma.

—Hace frío... yo no las necesito. ¿Las quiere? —volviste a hablarme inclinada un poco, con las manos en las rodillas, la cara seria, me mirabas temblando, deseando que te diera una excusa para no morir. Incrédulo te

miré y no entendí por qué no me reconociste. Los recuerdos comenzaron a reproducirse y los sentí como VHSs que tenía incrustados en el colon dispuesto a subir por el intestino rasgando todas mis entrañas. Y aun así siempre fuiste vos.

—Yo no uso medias —te respondí.

Me observaste, viste mi brazo dentro de la mochila encastrada, la camisa húmeda, las ojeras, mi cara de miedo. Pero no te alejaste. Como la gravedad, como las fuerzas nucleares, no hay explicación. Lo que nos atrae la mente no lo puede explicar. Te sentaste junto a mí.

—Disculpame, pensé que... No sé... Pensé que vivías en la calle.

Suspiraste. Tu entonación era resignada, chata. Giré la cabeza y ahora fui yo quien te observé: el jean y la remera blanca, el pelo atado sin demasiado cuidado, querías pasar desapercibida. Fijaste la vista en los rieles, en la violencia de las ruedas que chirriaban llamándote como sirenas. A eso habías venido. Tiempo después me contaste por qué estabas tan asfixiada de culpa, tanto como para querer realizar buenas acciones hasta el último segundo de vida, por eso te ofreciste a regalarme las medias. Aquel día de la broma fue el último en que te vi. Ese día solo pude salir corriendo hacia la sala de computadoras, luego la suspensión. Cuando más tarde volví ya estabas muy avanzada en la carrera como para cruzarnos.

Me miraste a los ojos y reaccionaste ante mi gesto constipado:

—Me conocés, ¿verdad? —me preguntaste.

Enseguida sacudiste la cabeza, te paraste y caminaste hacia las vías, deteniéndote sobre la banda amarilla que alerta del peligro. Adelantaste el pie derecho en el aire como probando la temperatura de una piscina. Quizás eso querías, lo habrías hecho si en lugar de la violencia con la que atropellaban los trenes hubieras estado frente a una piscina espejular. Cuando la broma, tu risa, lo recordé en ese momento, no fue malvada, fue tímida, como incapaz de rebelarte ante el resto de la clase. Siempre creí que nuestros caminos paralelos eran tan cercanos que cualquier desviación haría que nos intersectemos. La fuerza de Lorentz entre los conductores de nuestros seres no deja que se separen, y en los momentos de altas vibraciones, donde los campos magnéticos que generamos aumentan, la

fuerza es tan grande que es imposible no chocar. No desaparezcas por favor, pensé. Supe que para no dejar que te alejaras nuevamente debía separarme de mis deshonras. Me paré exhibiendo toda la espalda sucia hasta los pantalones, caminé hasta llegar a tu costado y ambos nos paramos admirando el olor a grasa y acero que corría junto con la brisa. El sonido del tren acercándose retumbaba en el túnel. ¿Sería también mi oportunidad?

Todos buscamos el salvador. El hombre que vive en la calle y secretamente esperamos que sea un sabio. Quería ayudarte, ser quien te salve. Te quería contar todo, abrir mi mente y volcártela enfrente, para que la vieras y la patearas hacia las vías. Pero no sabía que decir. Las malditas palabras no iban a poder explicar nada. Solo pude responderte la pregunta.

—Me acuerdo de vos de la facultad, éramos compañeros de clase ¿vos no te acordás?

Podía acompañarte, formar el comando suicida que termina saltando del brazo, pero no. Antes te necesitaba, si lograba que me aceptaras ya habría triunfado. Era lo único que necesitaba. Y si una sola persona me absolviera debías serlo tú, y aunque luego me dejaras podría volver a mi estado natural de soledad y vergüenza con la entereza de quien perdió dando ventajas. Entonces, de la nada, me lo contaste.

—Tengo esquizofrenia, los electroshocks borraron mi memoria de la facultad. Veo el diploma colgado, pero no podría resolver una integral de primer orden.

Te tomé del brazo y caminamos un paso hacia atrás, interponiéndonos en el desfile condenado de los trabajadores y limpiadores que debían rodearnos para no tocarnos, como si cargáramos el martillo de la desgracia en nuestras espaldas.

—Solo sé que los años que hay mundial están buenos... por lo menos me mantienen entretenido.

Pareció que te diste un tiempo para asimilar lo que te dije. Continué hablando.

—Cuando jugaba al golf nada existía. Solo recuerdo un tiro: el último. Durante los putts no hay pasado ni futuro, y luego de pegar no puedo

recordar lo que acabo de hacer. Sé que estuve ahí, en un estado de pleno foco.

Te diste vuelta y caminaste hacia el banco, donde esperaba estoica la mochila. Te seguí.

—Ya no tengo nada... — me dijiste.

—Siempre puede haber algo, cualquier cosa, buscar extraterrestres.

Nos mantuvimos en silencio, separados por la cortina de olor que subía de la mochila. En ese momento fue como que salí de mi cuerpo y comencé a vernos en picada. Me volví el camarógrafo de la escena. Y en la pérdida corporal me di cuenta que era lo que nos bloqueaba, qué evitó que te hablara, como podía liberar las fuerzas y dejarlas elásticas, dejar de ser una sombra en la caverna. Si no te contaba mis mayores vergüenzas solo estaba siendo soberbio.

Era a ti a quien debía contar. Y fue lo que hice. Te volviste a parar, pero no caminaste hacia las vías, comenzaste a rodear el banco. Te movías como un fantasma, flotando, espectral, pensé que podría atravesarte. Siempre serás mi fantasma, sobrevolándome, siempre te veré en mis sueños, aunque no sea tu cara. Nunca me dijiste si recordaste aquel día, tampoco quiero saberlo. Cuando volviste a sentarte junto a mí te vi más nítida, brillante. Dejamos de ser proyecciones para fusionar nuestras dimensiones, pudimos ver nuestros seres. Estuvimos quietos no sé cuánto tiempo. En la ausencia de palabras, en el vacío, se encuentra la pureza concentrada. De ahí surgen las formas que vienen de lo más profundo, y eso es simple producto de la contemplación.

—Mientras están tomando el examen para el que estudié todo el semestre yo estoy sentado en un banco de estación de tren, con una esquizofrénica al costado y la mochila encastrada de arroz con tuco de pollo.

Giraste la cabeza y me miraste, pero solo como un gesto, porque no necesitábamos los ojos para vernos. Luego llevaste la vista hacia las chapas del techo y reíste de forma seca. Era como si mi propósito en este mundo es tener una mochila llena de arroz.

—Yo no cambiaría nada de lo que me pasó hoy —te dije.

Nos volvimos a mirar, metiste la mano en la mochila para sacar un puñado de arroz que te comiste.

—Están ricos —me dijiste—. Hace días que no como nada.

Nos necesitamos y nos aceptamos, fuimos lo que debimos ser. Siempre que en la oscuridad nos paramos a vernos, en el constante movimiento nos quedamos quietos y así sabíamos que siguiendo nuestros campos seríamos felices por un tiempo en la resignación. Y ahora, que me estás mirando todo el tiempo, ya te diste cuenta que lo único que hago es actuar para ti.

Viernes

8:46 AM

Si todo estuviera a la vista, ¿qué seríamos capaces de ver? La verdad pasa frente a nuestros ojos y no nos damos cuenta, solo atendemos el punto rojo en el medio, la nariz del payaso. Contemplé las polvorientas baldosas grises del hospital, con las piedritas incrustadas de diferentes colores; si sumamos las piedras en cada baldosa del hospital no llegaríamos al número de estrellas de una minúscula parte de la Vía Láctea. Y, aun así, cada piedrita está compuesta por más partículas que el número de estrellas en todo el universo. Cerré los ojos en el silencio anterior, agazapado junto a la enfermera en la calurosa escalera, a punto de entrar golpeando por el pasillo del piso cuatro. Cuando los abriera todo sería diferente, pero solo para mí. Porque en lo infinito y lo infinitesimal nada de lo que hagamos tiene consecuencias en los demás. El caos es inevitable, es la segunda ley de la termodinámica, y la maldita entropía acumulada hace que nunca volvamos al estado de equilibrio pasado. Solo moviéndonos con la energía oscura podremos devolver el orden merecido, porque todos los imperios caen cuando surge de la oscuridad la lucha negentrópica que los implota en su propia codicia.

Llegó el anuncio a nuestros cascos, la nota en inglés acompañada por el bombástico sonido del O Fortuna de Carl Orff. Entramos con el rociador al pasillo, era la única forma de hacerlo, de parar esta masacre, rociar con el líquido rojo carmesí las habitaciones de los niños donde el plan mundial

atacaba para esparcir la enfermedad. Con la máscara y los trajes amarillos y largos avanzamos juntos con la enfermera, codo a codo, armados de valor y energía, rociando a los niños y los sorprendidos padres.

Danzamos en un ballet estelar coreografiado para cubrirnos las espaldas, para verlo todo. Bailamos como la noche anterior ante el puncheo de la música tecno en la fiesta de fin de año del hospital. Saltos sudorosos excitantes en el amontonamiento embriagante entre la migraña social que disfrutaban de la ignorancia astral. La distracción colectiva permitió que pasara aún con el palo de golf que llevaba colgada en la cintura, como una espada samurái, el vengador imperial, permitiendo que me escapara a las arterias más oscuras del hospital, bombeado por el latido de la música que me empujaba hacia la sala de los payasos, ahí les colgué del picaporte el chasque de la bolsa tira pedos, para que la mañana siguiente lo encontraran y al jugarse una broma entre ellos se sentaran sobre la bolsa y explotaran muriendo los mutantes asesinos. Lo de Pérez-Recarte sería envenenamiento, trazas imperceptibles en el whisky mañanero que degustaría como siempre, asfixiándolo.

Grité para tapar el llanto y susto de los niños que nos vieron entrar con nuestros trajes espaciales, aliens invadiendo la tierra en busca del recurso más valioso: la salvación. Antes de subir, en el callejón, bajo las silenciosas nubes negras y la brisa que movía ondulantes como mar sereno las hojas de la enredadera del edificio, se acercó la enfermera a ayudarme con el cierre del traje, y luego de rozarme con los nudillos el pecho me besó en la boca. El gordo nos dirigía a través del radiotransmisor desde la camioneta en el callejón ahora húmedo por el chaparrón, lo veía asintiendo con la cabeza, el antifaz más oscuro en la lluvia, ante los reportes de la curación divina. Nos alentamos a seguir adelante, el piso completo estaba contaminado con los equipos Medicactive. Debí empujar algunas personas, patear puertas, correr, esconderme detrás de muebles, debajo de las camas. Nadie vio semejante tragedia.

Jugando y contrajugando con las vidas de las personas solo para demostrar nuestro valor, para ser recordado y provocar orgullo, dejar de ser invisible. Lucía no hubiera actuado así, hubiera investigado la causa. Pero ella no pudo salvarse a sí misma. Se dejó matar por todos y por los

payasos. Yo no iba a hacer eso. Debía salvar a la gente que sufre el mal de ser pobre en el laboratorio de los ricos que buscan fortalecer sus fronteras en base al miedo. Salpicando enfermedades desde dentro hacia afuera, donde todos se dejan confiados manipular su sangre y mente. Es el mejor lugar para sembrar un virus y verlo expandirse como el humo de un derrumbe una vez que esté fuera, a la vista de todos, aludiendo a la incapacidad de la mente de absorber los mayores choques, solo rebotan y suplantamos las imágenes con lo que más cómodo nos pone. ¿Y qué si somos aliens? ¿Y qué si venimos de otro lugar? Volando y rodeados del aura verde fluorescente, hablando con mensajes de paz con nuestras almas fulgurantes que curan y alivian. Con el megáfono en el pasillo comencé a gritar. Crean en nosotros, los están matando. Quieren matar a todos. No crean a los payasos, están para distraerlos mientras ellos alteran la medicación, los equipos. Son risas falsas atrás de los mismos de siempre que manejan el mundo a su conveniencia. Vestidos de colores y bailes hiperbólicos que te hacen seguir la corriente e ir donde la luz brilla más, donde estás más iluminado y cómodo.

Seguimos corriendo entrando habitación por habitación dando codazos a las ilusas madres que derrapaban por el piso, sus dientes volando debajo de las camas, inconscientes del daño que estaban permitiendo al dejar a sus hijos jugar con los globos que les los asesinos mutantes ponían en sus manos, esquivando los jeringazos con tranquilizante lanzados por las enfermeras escuderas del sistema complotante, asquerosas incapaces de sostener una ambición. Avanzamos con nuestras ametralladoras que disparaban las balas rojas con olor a huevo podrido en los corazones de los niños, quería curarlos, pero también matarlos.

Los pateé usando las botas gruesas para darlos vuelta porque empecinados en morir del virus se hacían bolita en la cama. Quería verles la cara asustada, el llanto, la mancha de pichí en los pantalones y mostrarles la cobra real que les escupía la sangre en la cara. Si no son capaces de mirar a la muerte, de enfrentar sus miedos, merecen morir. Pero el mundo es más que eso, la plata solo sirve para limpiarse después de cagar. Hay que sacarles el maquillaje a los payasos, no dejarse tocar por ellos. Por eso los rociamos con esta pócima que los libera del virus y

los mata, no deja que lo esparzan. Terminamos la purga del piso entre los gritos de horror. Nos supimos ganadores de la primera batalla.

En el plan no había vía de escape, nos metimos por la escalera justo al sentir la primera explosión, el edificio tembló y resonaron los vidrios, a los segundos comenzaron las siguientes explosiones, por las pequeñas ventanas de la escalera vimos volar los instrumentos, las máquinas, las personas. Los alaridos solo eran tapados por las explosiones, los estallidos de los vidrios y el ruido de los escombros cayendo al piso. Imaginé el fuego expandirse por las tuberías de oxígeno hasta los grandes tanques centrales del subsuelo. La mayor explosión vino de abajo y nos hizo saltar. Entre la oscuridad y las ruinas llegamos al piso de salida. Corrimos hacia el callejón y apenas pude dar vuelta la vista hacia el edificio para ver el humo saliendo de todos los pisos, los proyectiles disparados, las personas prendidas fuego saltando desde las ventanas. En el escape estaba el deseo de irme y no dejar rastro, cortar con todo hilo y no tener que despedirme ni mirar atrás. Porque no sirve de nada sobrevivir en la superficie si debemos caminar por estas calles sucias donde la mugre te entorpece y los tropiezos generan la risa de los que se creen vivos. Para eso prefiero vivir en la soledad de las alcantarillas, nadando entre los ríos de mierda.

Llegamos a la camioneta y estaba el gordo, la enfermera fue adelante con él y yo me subí a la caja. Nos sacamos las máscaras y vi como en la cabina ellos se besaron con furia y me di cuenta que para liberarme, cuando nos detuviéramos, iba a matarlos a ellos también. La camioneta arrancó y al irnos alejando pude ver el edificio del hospital desde lejos, a punto de partirse al medio y derrumbarse.

No fue así. Llegamos tarde, cuando subimos se encendieron las almas de otro grupo de uniformados espaciales, nos habían ganado de mano, recorrían el hospital con escudos verdes de Medicactive y tenían colgadas en la espalda rociadores mucho mejores que los nuestros. Y rociaban a todos, pero no corrían, se movían lentos como flotando en el espacio y todo parecía moverse en cámara lenta. Los niños, alegres y juguetones, recibían la lluvia azul verdosa con olor a lavanda, tenían las manos en alto y los ojos cerrados, las madres también saludaban y los llamaban para que no dejen

niño ni rincón sin tocar. ¿Cómo puede ser que se dejen rociar? Seguramente estaban esparciendo más veneno, engañando a la gente con el carnaval de la frescura, seguro que no los iban a curar, sino que empeorar y morir.

Me quedé a la entrada del pasillo observando el conjunto actuar, la enfermera se dio vuelta y salió corriendo, quedé solo. Me saqué la mascarilla, porque si iban a morir también tenía que morir yo. Comencé a correr por el pasillo. Me acerqué por detrás a uno de ellos y sabía que debajo de ese antifaz había un payaso, y que todos eran payasos, lo tomé del hombro y lo di vuelta, vi mi cara reflejada en el casco de él y le tiré un pañazo con toda mi fuerza. Abanicó el aire, no tocó nada, enseguida sentí un puño en la nuca, en mis orejas, y un golpe a través del traje que me llegó al hígado. Al instante tuve tres personas más encima de mí golpeándome en la cara, pateándome los testículos, clavándome tijeras en el estómago. Caí en el suelo y siguieron pateándome la cabeza, entre las piernas enfundadas en los trajes protectores de ellos pude ver a Lucía parada ahí atrás, a tres metros, mirándome triste, llorando, no pude aguantar y vomité.

La pesadilla se hace realidad, el sueño que tanto temía, el moverme como un pescado y el aroma nauseabundo, pegajoso de la materia gris, nadando hacia lo profundo. Así te harás hombre me decían, hundiéndote en lo más mundano de la existencia y absorbiendo lo peor de lo peor. Y me atraganto, con una piedra, con una moneda, con un jabón, una y otra vez grito apagado por algo que se me tranca en la garganta, y solo puedo pedir perdón, no puedo reclamar, solo ser servicial en esta tierra húmeda y pegajosa que te muestra lo peor de lo peor y te arrastra a lo profundo y caliente del infierno.

Necesito ayuda pero no puedo gritar porque estoy atragantado y me muevo nadando, ahogándome, bajo la gris oscuridad del humo sucio de las chimeneas de las empresas que no ven para abajo. Solo así me haré hombre y seré feliz me dicen, pero solo puedo ser servicial y agradecer y pedir perdón, y tampoco quiero más que pedir perdón, no quiero ayuda, solo que sepan que fue sin querer, que el gris que me rodea es de mentira. Pero no, ya lo hice y tengo atragantada la piedra que yo mismo tomé del

piso y me la coloqué en la boca y no puedo pedir perdón, solo seguir avanzando oscuro y gris sin que nadie me escuche ni pueda explicar por qué lo hice.

Porque soy culpable y tengo los pecados, así vengo con el calzoncillo cagado emanando el olor que me rodea sin que nadie se acerque, alguien que me perdone, que entienda mi explicación. No quiero pedir ayuda porque me da vergüenza. No quiero a nadie cerca, nadie que me escuche. Coloco una piedra en la boca y me rompo las cuerdas vocales, callado y solo mendigo mientras me miran con lástima los demás, sienten lástima por mí y mi mudez, luego desaparezco.